

BOLSILIBROS
BRUGUERA

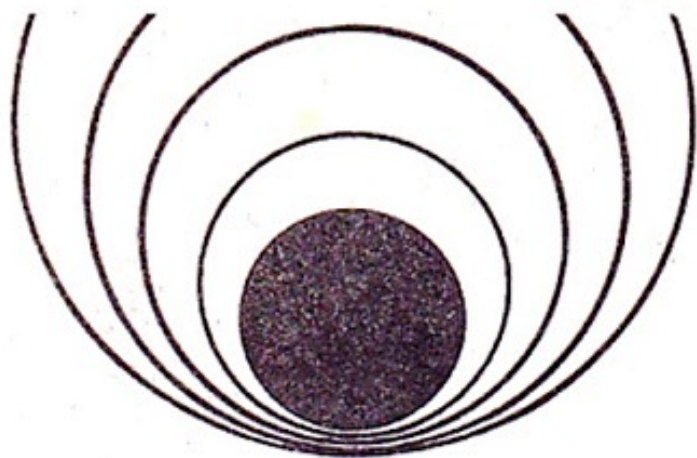
PUNTO
ROJO

CANDIDATO PARA EL INFIERNO

Burton Hare

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS





PUNTO ROJO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.667 — Despedida de sangre.

En Colección PUNTO ROJO:

1.022 — Dulce sabor de sangre.

En Colección LA HUELLA:

130 — El funeral de las ratas.

BURTON HARE

CANDIDATO PARA EL INFIERNO

Colección
PUNTO ROJO nº 1069
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 29.979-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1982

1ª edición en América: abril, 1983

© Burton Hare - 1982 texto

© Martín - 1982 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Vince Lombart abrió los ojos y al instante soltó un quejido. Las sienes empezaron a latirle como si alguien quisiera barrenarlas con un taladro neumático.

En los primeros instantes no recordó siquiera dónde estaba. Luego sí; luego lo recordó y de no haber sido por el agudo dolor de cabeza, hubiera sonreído.

La habitación estaba en desorden y olía a «ella». Estaba impregnada de aquel aroma a jazmines, o vaya usted a saber qué clase de perfume era aquél, pero en cualquier caso era un perfume tan personal como su turbulenta manera de hacer el amor.

—¿Terry? —exclamó, sentándose en la cama—. ¡Terry! ¿Estás ahí?

Los latidos de las sienes se agudizaron. Maldijo entre dientes, viendo la sucia luz que se filtraba entre las ligeras cortinas de la ventana. Más allá de las cortinas el día parecía tan gris y tan sucio como la luz.

De repente, otro aroma invadió el aire. El aroma a café recién hecho. Se relajó, tratando de recordar lo sucedido en las últimas horas. Recordarlo era agradable, por supuesto. Siempre era agradable lo que sucedía con aquella mujer.

Y entonces, ella apareció en la puerta y la luz pareció brillar con más intensidad. Vince achicó los ojos y dijo:

—No sé si alegrarme por el café o por verte tal cual, Terry, cariño.

Ella avanzó. Verla moverse sosteniendo la bandeja con las tazas de humeante café era todo un espectáculo. En realidad, era un espectáculo toda ella, porque puede decirse que todo lo que llevaba encima, aparte de la bandeja, era su larga cabellera negra como ala de cuervo.

Se sentó al borde del lecho. Haciendo malabarismos con la bandeja, logró inclinarse lo suficiente para que él pudiera besarla en la boca hasta dejarla sin aliento.

—Cuando he despertado —susurró—, estabas igual que muerto.

—A juzgar por cómo tengo la cabeza, debo de haber resucitado antes de tiempo.

Atrapó la taza de café y casi se abrasó el paladar al beberlo apresuradamente.

—¿Qué pasó anoche? —jadeó.

Ella dejó la bandeja en una mesita. Tomó su taza y cambió despacio la bebida. Luego explicó:

—Bebiste demasiado. Y no te portaste como un caballero, diría yo. Tan pronto llegamos aquí, empezaste a quitarme la ropa a zarpazos y...

—Olvidalo. Puedo imaginar todo lo demás. Oye, ¿te importaría ponerte algo encima, sólo para que yo pudiera concentrar mis ideas?

Tengo la sensación de que he de recordar algo importante.

La mujer se echó a reír y apuró el resto del café. Buscó en la mesita un par de cigarrillos, los encendió y pasó uno al hombre, que la miraba con ojos cada vez más brillantes.

—Tienes que recordar un viaje. Dijiste algo de tomar un tren esta mañana.

Él dio un brinco en la cama.

—¡Maldita sea, es cierto! ¿Qué hora es?

—Tan tarde, que ese tren debe estar ya a mitad de camino de alguna parte.

—No hablas en serio.

Pero sí hablaba en serio. Después de consultar el reloj, Vince la miró, acusador.

—¿Por qué infiernos no me llamaste?

—No quería perderte tan pronto. Hacía más de un mes que no habías aparecido por aquí, así que decidí prolongar un poco más tu compañía.

Él suspiró.

—La hiciste buena.

—¿Era tan importante tomar ese tren?

—Era importante, simplemente.

—Hay otros trenes.

Él acabó por encogerse de hombros. Se quedó un instante pensativo y acabó por sonreír.

Ella preguntó:

—¿Sigues insistiendo en que me ponga algo encima?

—Bueno, no corre ninguna prisa.

Rodeó su cintura con los brazos y la atrajo suavemente. De nuevo sus labios entablaron un prolongado combate. Desentrañar el misterio de cuál de los dos fue el vencido y cuál el vencedor sería algo complicado.

Pasó mucho tiempo antes de que volviera a oírse una voz. Un tiempo durante el cual no hubo ni trenes en el recuerdo, ni palabras inútiles, ni prisas por llegar a ninguna parte.

Al fin, la mujer murmuró:

—¿Sabes una cosa? No me importaría enamorarme de ti.

—A mí sí que me importaría. No soy un tipo recomendable para ninguna mujer. Y menos para una mujer como tú.

—¿Como yo? —exclamó Terry, incorporándose sobre un codo—. ¿Qué tengo de raro?

—Lo que tienes es demasiado dinero, eres demasiado independiente y estás acostumbrada a un tipo de vida que conmigo no podrías mantener. Así de sencillo.

—Quizá no me importase demasiado...

—Quizá no al principio. Pero después, las cosas se complicarían. Ella se quedó pensativa, como reflexionando sobre esto. Era una mujer en su plenitud, en esa edad soberbia en que era capaz de tomar de la vida todo cuanto se le antojara, exigiendo lo mismo a cambio.

Sonrió.

—Acabas de darme calabazas, Vince.

Él se echó a reír.

—Quizá me las he dado a mí mismo. De cualquier modo, los dos sabemos hasta dónde podemos llegar.

Tras un silencio, ella preguntó:

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No sé..., dos o tres días a lo sumo. Me ha costado sudar sangre un permiso de una semana.

—¿Para hacer qué? No me dijiste nada de eso.

Él se echó hacia atrás. Su mirada vagó unos instantes por los detalles de la habitación y luego murmuró:

—Voy a volver a mi pueblo. Hace diez años que salí de allí y entonces juré no regresar jamás. Bueno, los juramentos no sirven de mucho después de todo.

—¿Por qué no querías volver?

—Porque cuando me marché lo hice para no matar a un hombre. O para que él no me matara a mí, vete a saber.

Ella dio un respingo.

—¿Qué hombre, Vince?

Con voz extraña, él replicó:

—Mi propio hermano.

La mujer contuvo el aliento. Él añadió:

—Bien, hermanastro para ser exactos. Pero es lo mismo. Tuve miedo de matarle...

Ella pensó que quizá ese miedo aún persistiera.

* * *

La calle Mayor, corazón de Ainsworth, era un hervidero de gente endomingada, vocinglera y riente. Una enorme pancarta, tendida de parte a parte de la calle, saludaba a los forasteros en grandes letras que rezaban:

BIEN VENIDO A LA FERIA ANUAL
DE AINSWORTH

Calle arriba, a cierta distancia de ésta, otra pregonaba:

CIUDADANOS, TODOS CON STAMFORD

Más adelante, estratégicamente colocada y sostenida por dos finos cables de acero, una enorme fotografía dentro de un marco formado por troncos sin desbastar, dominaba la calle imponiéndose por su

tamaño impresionante. La cabeza de un hombre joven, de unos treinta y ocho años, de ojos grandes y separados, labios finos y mentón hundido había sido reproducida en la fotografía y retocada hasta causar un efecto atractivo. Eran unas facciones correctas y agradables, aunque si uno las observaba con detenimiento causaban la impresión de debilidad, impresión que ni la artística mano del fotógrafo había conseguido borrar del todo.

Sobre la fotografía, otra pancarta afirmaba:

ESTAMOS CONTIGO, STAMFORD

Uno de los cables que sostenían la gran fotografía estaba sólidamente fijado a la pared del Banco de Ainsworth, junto a una de las ventanas del segundo piso. La ventana se hallaba abierta en espera de que un aire inexistente refrescara el ambiente.

En pie, detrás de la ventana, Ring Stamford contemplaba de refilón su fotografía. Era alto y delgado, de tez pálida y ojos brillantes. Veía a la gente que se arremolinaba en la calle, bajo su efigie, indiferentes unos, otros dirigiendo miradas cargadas de asombro hacia el retrato... y no podía comprender la clase de sentimientos que aquello le inspiraba.

Dando media vuelta, regresó hacia la enorme mesa de caoba que presidía el despacho. Una mesa digna de él, del hombre más importante de la ciudad.

Se dejó caer en el gran sillón de cuero, reclinó la cabeza sobre el respaldo y cerró los ojos.

Un triunfador.

Eso era. Nadie podía discutirlo.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos, tímidamente. Ring Stamford se irguió en el sillón. Precipitadamente enderezó el nudo de la corbata, estiró su impecable chaqueta y estampó en su rostro una mueca de hombre preocupado.

—Entre —autorizó.

Tenía una voz fuerte, bien timbrada.

Se abrió la puerta. Un ordenanza del banco se hizo a un lado dejando paso a dos hombres que avanzaron hacia la mesa, sonrientes y seguros de que eran bien recibidos. Uno de ellos vestía un bien cortado uniforme.

—¿Cómo se encuentra nuestro candidato ésta mañana? —preguntó el que vestía de paisano, dejándose caer en uno de los dos butacones que había frente a la mesa.

Stamford sonrió y estrechó la mano de los recién llegados.

—Perfectamente —dijo—. Dispuesto a emprender el vuelo.

—No vas a necesitar ni paracaídas —rió el oficial—. Esto es un «despegue» con todas las garantías.

—Si tú lo dices, Mac Kencie, será verdad. ¿Qué impresión habéis

recogido?

—¡Inmejorable! —afirmó el aludido—. Todo el condado se ha volcado sobre la ciudad. Nunca, en la historia, se había visto tanta afluencia de forasteros. El ambiente está caldeado, pictórico de entusiasmo, Ring... Wash puede decirte también el aire de triunfo que se respira.

Wash Hobson, el más importante ganadero del condado, sonrió con toda su boca.

—Puedes considerarte en Washington, Ring. Estás lanzado y tú lo sabes. Además, todos te apoyamos, ya lo sabes también.

Stamford sonrió, orgulloso, y, cuando estaba buscando una frase sonora con que afirmar su punto de vista, sorprendió la extraña mirada que se cruzó entre sus visitantes. Un poco inquieto, preguntó:

—¿Qué pasa, Mac Kencie, hay algo que va mal?

—No..., pero quiero hablarte de algo importante.

—Bueno, ¿a qué esperas?

—Vince está a punto de llegar a Ainsworth.

Ring miró a los dos hombres sin comprender. Pero, de pronto, con la velocidad del rayo, la comprensión brilló ante sus ojos y se levantó de un brinco.

—¿Vince Lombart? —balbuceó.

—Él mismo.

—No es posible.

—Es seguro, Ring.

—¡No puedo creer que se atreva a volver!

—Cálmate, Ring, porque lo verás aquí dentro de pocas horas. Será mejor que vayas acostumbrándote a la idea.

King Stamford, el triunfador, el hombre más importante de Ainsworth, se dejó caer en su sillón, como si de repente sus piernas se hubiesen vuelto de gelatina.

—¡Ese bastardo...! —farfulló.

Los dos visitantes se miraron. Hobson dijo:

—Un momento, King, tómallo con calma. Vince es hijo de tu misma madre.

—¡No importa! —estalló—. ¡Todos vosotros sabéis que es un hijo de perra! ¿No es así? Un maldito cerdo al que hay que aplastar...

—Ya basta, King —intervino el capitán Mac Kencie—. Por eso estamos aquí. No olvides la posición que ocupas y lo que representas para la ciudad, Y lo que es más importante, el camino que te queda por recorrer.

—Un camino triunfal, muchacho —remachó Hobson.

—¡Al diablo! —gruñó King—, Juré que lo mataría si volvía a poner los pies aquí. ¡Y por todo el infierno que lo haré!

—Muy bien, adelante —dijo el capitán sardónicamente—, Y cuando lo hayas liquidado, podrás presentar tu candidatura al Senado. Tendrás

tal publicidad, que no necesitarás ninguna campaña electoral, ¿eh? ¿Es así como piensas llegar a Washington?

Silencio absoluto durante un largo minuto. La cara de King Stamford estaba pálida como un muerto, y sus ojos relucían igual que si la fiebre estuviera consumiéndole.

Hasta que Hobson masculló:

—Si no eres capaz de reprimir tus sentimientos, King, no eres el hombre indicado para llegar a la meta que nos hemos propuesto.

—¿Pretendes que me trague el odio, el desprecio que se iba acumulando durante más de diez años?

—Pretendo algo más que eso, y no yo solamente, sino todos los hombres que te apoyamos, todos los que deseamos verte en la cumbre, todos los que invertimos nuestro dinero y empleamos nuestras influencias en esta campaña.

King sacudió la cabeza.

—Es más fuerte que, yo —confesó—. La sola mención de su nombre me vuelve loco.

—Tendrás que cambiar.

—¿Qué demonios estás insinuando, Hobson?

—Mira, Ring; los sentimientos personales no cuentan para un político, tú lo sabes tan bien como nosotros. No te queda más que un camino en este asunto, y es el que vas a recorrer si quieres llegar al Senado. Y no es un camino demasiado difícil, creo yo...

—Sigue —gruñó el aspirante a político.

—Cuando Vince llegue aquí, te entrevistarás con él. Ten en cuenta que han pasado diez años desde aquella maldita pelea. Irás a su encuentro y le ofrecerás tu amistad, tu casa, tu...

—¡Basta!

Ring se había levantado de nuevo, enfurecido.

Hobson le miró y prosiguió, sin alterarse:

—Representarás una enternecedora escena de reconciliación. Tienes que hacerlo, Ring, y hacerla tan real, que nadie dude de tu nobleza de corazón. ¿Has comprendido?

—Te has vuelto loco. Toda la ciudad sabe que juré matarle. Saben que odio a ese cerdo con tanta fuerza que sería capaz de colgarlo en la plaza pública. ¿Quieres que me convierta en el hazmerreír de toda la ciudad? ¿Es eso lo que quieres?

—Todo lo contrario, muchacho —intervino Mac Rencie con suavidad.

—¡Todo lo contrario! Todo el mundo creerá que le tengo miedo. Que le tengo tanto pánico, que me arrastro a sus pies pidiendo clemencia.

—No seas estúpido. Creerán todo lo contrario. De eso nos encargaremos nosotros. Será una magnífica escena, una demostración de nobleza, de altura de miras, de rectitud...

—De rectitud... —farfulló Ring despreciativamente.

—Sí —dijo el capitán—. La rectitud que debe presidir toda la actuación de un político, por lo menos en lo que queda a la vista de la gente.

—Ya veo...

—Estaba seguro de que lo comprenderías, muchacho. Ring Stamford se dejó caer nuevamente en su sillón. Apretaba los dientes con tal fuerza que le rechinaron; pero poco a poco fue calmándose hasta recuperar el tono de voz.

—Supongamos que es él quien viene con deseos de venganza —dijo.

—Aunque sea así —Hobson sonrió—. Cuando uno quiere, dos no se pelean, ¿no es cierto? Tú te encargarás de quitarle toda idea de lucha.

—Ya veo —repitió el banquero, aturdido.

—Eso me satisface. Recuerda que todo el mundo estará pendiente de vosotros dos, en cuanto corra la noticia de que Vince llega a la ciudad

...

Ring Stamford, el candidato, parecía absorto en sus pensamientos, mientras Hobson continuaba:

—De ti depende convencer a todo el mundo de que eres el hombre noble y recto que ellos desean como representante en Washington. Ni buscándola cien años podrías encontrar una ocasión mejor para tu propaganda. ¿Estás de acuerdo?

King asintió con un gesto. Después habló con voz ronca:

—Todavía no me habéis dicho a qué viene a Ainsworth, si es que alguien lo sabe.

—Ha sido una condenada carambola —reconoció Mac Kencie—. Crisby lo encontró en Nueva York por pura casualidad. Empezaron a hablar y el viejo Crisby le hizo una oferta por el Cerro del Ángel. Ya sabes que esos terrenos quedaron propiedad de Vince.

—Sí...

—Bien; se pusieron de acuerdo y Vince decidió vender. Ese es el motivo de su regreso. Con esto quiero decir que no estará aquí más de un par de días. Nada le retiene. Tu sacrificio será relativamente breve.

—¿Para qué quiere Crisby los terrenos del Cerro del Ángel? No creo que quiera cultivarlos...

—Corre el rumor de que quiere construir un hotel allí, al borde del lago.

—Ya veo... Bien, pondré toda mi buena voluntad en esa comedia. Veremos qué opina Marilyn...

—Tu mujer ni siquiera debe recordarlo. Cuando Vince se marchó, ella todavía estaba en la escuela.

—Pero me ha oído hablar infinidad de veces de él, y sabe cómo pienso al respecto.

—A la mujer del futuro senador le servirá de experiencia —rió Hobson

—. Y no estaría de más que le invitaras a vivir en tu casa durante esos

días.

Ring se dispuso a protestar violentamente ante semejante idea, pero cambió de opinión.

—Lo haré —accedió, hablando entre dientes...

Los dos visitantes sonrieron. Al levantarse y estrechar su mano, dieron la impresión de quien acaba de obtener una gran victoria.

King Stamford acabó sonriendo también. Una sonrisa que se borró automáticamente de sus labios al salir los dos hombres del despacho.

La sonrisa, como si jamás hubiera existido, fue cambiada, en sus facciones, por una mueca de odio mortal.

CAPÍTULO II

Tan pronto como el tren se internó en los suburbios de Ainsworth, Vince Lombart fue presa del más vivo asombro. No había salido de él todavía, cuando el convoy se detuvo en la gigantesca estación.

No daba crédito a lo que veía. Él recordaba la pequeña ciudad de provincias que había abandonado, pero de aquello no quedaba rastro alguno.

Ainsworth había dado un salto de gigante.

Cuando reaccionó, se dirigió a la salida, mirando a su alrededor con estupor.

Con el estupor típico de un pueblerino que llega a la capital por primera vez. Con la diferencia que él venía de Nueva York.

La salida de la estación daba a una gran plaza, y de ésta partía la calle Mayor, la que antaño era un paseo arbolado, frecuentado solamente los domingos. Ahora vio ante sí una magnífica avenida, ancha y llena de gente, cubierta de gallardetes y pancartas, que ni siquiera atinó a leer.

Estaba como aturdido. Quizá por eso no advirtió al hombre que se acercaba hacia él con paso vivo, hasta que oyó su voz:

—¡Vince!

Se volvió. Contempló ante sí a un tipo corpulento, más o menos de su misma edad, cabello revuelto y grandes ojos claros y vivos. Llevaba una corbata floja y el cuello de la camisa blanca aparecía sucio de sudor.

—¡Que me cuelguen si no eres Bill! —exclamó—. ¡Bill Turner!

—¡Ajá!

Iniciaron ademán de estrecharse las manos, pero Bill cambió de opinión y abrazó al recién llegado. Cuando se separaron, Vince Lombart hizo ademán circular con la mano, señalando lo que les rodeaba.

—¿Cómo demonios ha crecido, tanto, Bill? —dijo—. Esta no es nuestra pequeña y vieja casa. ¿Qué habéis hecho con ella?

Turner se echó a reír.

—No quedan ni los cimientos, viejo. Todo nuevo, reluciente, chillón... y podrido.

—¿Qué?

—Ya te darás cuenta. Bueno, ¿adónde quieres que te lleve?

—¿Existe todavía el hotel Martin's?

—Sí, chico. Reconstruido, reformado y acicalado, como una mujerzuela en sábado por la noche, pero todavía existe.

—Pues vamos a él. ¿Qué tal el viejo Martin?

—Murió. Hace cinco o seis años, creo. Es el hijo quien explota el negocio ahora.

—Claro... la gente también muere aquí —comentó—. Todo ha cambiado tanto, Bill... No tenía ni la más ligera idea de cómo era Ainsworth actualmente.

Habían llegado junto a un De Soto sucio de polvo, un modelo de unos años atrás. Bill arrojó la maleta sobre el asiento trasero y se instaló al volante.

Mientras el coche se deslizaba entre la multitud, Bill dijo:

—Has acertado a venir en plena Feria Anual, muchacho. Todo un espectáculo.

—Feria Anual... Otra novedad. En mis tiempos no había ferias ni nada parecido, ¿recuerdas?

—Hemos prosperado mucho. Ya verás la cantidad de novedades que se han implantado.

—Ahora que recuerdo, ¿a qué has ido a la estación? No sería a buscarme a mí, supongo.

—¿A quién, si no?

Vince miró a su antiguo compañero de juegos y frunció el entrecejo.

—¿Cómo sabías que llegaba?

—No sabía exactamente en qué tren, pero estaba enterado de tu llegada.

—¡No me digas! ¿Cómo es posible? Ah, comprendo... El viejo Crisby, ¿no?

—No, Vince.

—Pues... no lo entiendo.

—Todo Ainsworth sabía que llegabas hoy. Alguien se ha tomado la molestia de hacer correr la voz, y hay una expectación tremenda. Una sucia jugada, si es que entiendes lo que quiero decir.

—Nada en absoluto. ¿Quién puede tener interés en pregonar mi llegada? Es una estupidez. Ni siquiera deben acordarse de mí, después de tanto tiempo.

—Estás equivocado, muchacho. Eres casi un personaje de leyenda aquí. Y tu hermano es también un personaje, pero no de leyenda, precisamente.

—Estás hablando en chino, Bill. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Ahí está el hotel. Después hablaremos.

Detuvo el coche fuera del aparcamiento, ya que éste estaba lleno por completo. Pero eso no pareció preocuparle, ya que dejó el coche allí, y tomando la maleta precedió a Vince hacia el interior del hotel.

El empleado que había tras el mostrador de recepción miró a Bill Turner y empezó a negar con la cabeza.

—Lo siento, Bill... Está todo a tope...

—Déjate de cuentos —gruñó Turner—. Tienes que proporcionar una habitación a mi amigo. Una buena habitación... sin recargo de precio. A él no le importa la Feria.

—Ya te he dicho que...

—Tonterías. Tiene que haber una habitación para Vince Lombart.

El recepcionista pegó un respingo.

—Lombart... —balbució.

El aludido miró a Bill sin comprender.

—¿Qué pasa aquí? —dijo—. Si no hay habitación en el hotel, buscaré en otro. Es lo que suele hacerse en estos casos, ¿no?

—¡Qué va, hombre! Hay habitación, ¿verdad, Jim?

El recepcionista tragó saliva y asintió. Después dijo:

—Bueno, usted sabe cómo son estas cosas... El patrón quiere sacarle el jugo a la Feria. La gente está dispuesta a pagar cualquier precio por una habitación. Pero en este caso...

Cogió el libro registro, le dio la vuelta y lo dejó ante Vince, que había escuchado estupefacto.

Al fin tomó la pluma que le tendía el empleado, firmó y un botones, con rutilante uniforme, secuestró su maleta y echó a andar hacia las escaleras. Los dos hombres le siguieron.

—Francamente, Bill —confesó el recién llegado—, todo esto me resulta más que sorprendente.

—Ya irás viendo...

La habitación era espaciosa, limpia y dotada de aire acondicionado.

Sorprendente, tal como había dicho Vince.

El botones se embolsó la propina y salió. Entonces Bill dijo, con una voz que no tenía nada de divertida:

—¿Qué piensas hacer con tu hermano, Vince?

—Diablos; nada, Bill. Además, es mi hermanastro.

—Es igual. Supongo que recuerdas lo que sucedió antes de tu marcha.

—¡Caray, hace diez años de aquello!

—Ring sigue siendo el mismo. Ha pregonado a los cuatro vientos, un millón de veces, lo que pensaba hacer contigo si alguna vez asomabas las narices por aquí.

—Estás bromeando. Ni siquiera recuerdo ya los motivos de la pelotera... ¿por qué iba a recordarlos él? Es más, ¿por qué, después de todo ese tiempo, va a querer pelear conmigo?

Bill refunfuñó algo entre dientes y se acercó a la ventana. La abrió y se quedó allí, de cara al exterior, el tiempo de encender un cigarrillo.

Cuando se volvió, dijo:

—King se ha encumbrado, Vince. Es el dueño y presidente del Banco más poderoso de toda la región. Tiene enormes extensiones de tierras, y las urbanizaciones de los alrededores son de él... Y está a punto de meterse en política.

—¿No estarás tomándome la cabellera, viejo? Si King era un desastre en todos los aspectos... Recuerdo sus dificultades en la escuela superior. Tenía que resolverle sus problemas. Él se echaba a llorar en

cuanto tropezaba con una dificultad.

—Y sigue siendo esencialmente igual —afirmó Bill, con un gruñido de disgusto—, Pero ahora está arriba. Una especie de milagro, según parece.

—No creo en milagros, Bill.

—Yo tampoco.

—¿Entonces...?

—Empezó con su matrimonio. Se casó con Marilyn Bonner... De los Bonner de la colina, ¿recuerdas?

—¡Ya lo creo! Fundadores de la ciudad, benefactores de la comunidad y todo esto. Recuerdo que me daba dentera con sólo nombrarlos.

—Bueno, Ring se casó con la hija. Poco después de irte tú murieron los viejos y los padres de ella pasaron a ser propietarios de la herencia... hasta que se mataron en un estúpido accidente de coche, apenas dos meses después de la boda. Marilyn pasó a ser heredera, King acertó en un par de inversiones y... Bueno, lo demás vino rodado. Todos le empujaron.

—Sigo lo mismo que antes. No te entiendo. ¿Quiénes le empujaron y por qué?

—Ahí está lo grande. Todos los potentados, los grandes ganaderos, con Hobson a la cabeza, los más poderosos industriales... El caso es que King está en la cumbre y lleva camino de ser elegido representante en la capital del estado, como primer paso para llegar a Washington.

Aturdido, Vince ni siquiera habló. Recordaba a su hermanastro, la inutilidad que era aquel muchacho cobarde y tímido al que tenía que sacar de todos los apuros. El chico que a los quince años se ruborizaba con tanta facilidad como una damisela.

—No puedo creerlo, Bill —barbotó.

—Ya lo verás.

—Estoy de acuerdo en aceptar que con el capital de los Bonner haya conseguido un Banco y terrenos, pero lo otro no es posible. O King se ha convertido en un hombre desconocido para mí, que sólo recuerdo lo que era diez años atrás...

—Te repito que no ha cambiado.

—Pues ya me dirás también qué probabilidades tiene de triunfar en política y en las finanzas.

Bill sonrió burlonamente.

—Le van a dar el triunfo hecho a medida. Van a conseguir que sea elegido, van a proporcionarle los discursos masticados... y si tenemos la desgracia de que todo salga bien, y llegue a la meta, le van a dictar implacablemente lo que tiene que hacer en el Senado. Y él lo hará al pie de la letra, que eso es precisamente lo que esos bastardos han pretendido.

Se había ido excitando hasta acabar hablando con violencia,

vehemente y casi furioso.

Vince asintió con un gesto y gruñó:

—Ya veo... No es el primer monigote que mandan al Capitolio, y que luego manejan según sus conveniencias. Eso se ha hecho otras veces...

—Sí, claro. Pero ésta es la primera vez que lo vivo, chico.

—Bueno, sea como sea, a mí no me va nada con todo esto. He venido para resolver un negocio, de manera que tan pronto lo termine, me largaré de aquí.

Bill lanzó el cigarrillo por la ventana antes de preguntar nuevamente:

—¿Qué me dices de tu hermanastro?

Vince dejó de luchar con la cerradura de la maleta y se irguió.

—Si me busca me encontrará —esbozó una sonrisa y añadió con voz suave—: En todos los terrenos.

—Eso había supuesto.

Bill dejó escapar un suspiro. Prendió fuego a un cigarrillo y se acercó a la ventana.

Estaba cayendo la noche, y las fantásticas luces de la ciudad, aumentadas hasta el infinito debido a las fiestas, relampagueaban ya con toda su potencia.

Mientras metía sus escasos efectos en el armario, Vince dijo:

—¿Qué es lo que haces tú, Bill? No puedo imaginarte como un chupatintas cualquiera...

—Ahí es donde te equivocas, chico. Chupo tinta a toneladas.

—¿Cómo?

—Tengo el único periódico de la ciudad. Lo dirijo, lo compagino, lo monto... y casi lo escribo. Y de vez en cuando pierdo dinero, lo que no resulta tan desagradable como podrías imaginar.

—¡Que me ahorquen! Tú dueño de un periódico... ¡Eh, un momento! ¿Te encargas también de la campaña de King?

—No. No he escrito ni una línea sobre él. Me han presionado por todos los sistemas, me han amenazado solapadamente. Pero no puedo contar alabanzas de un mastuerzo como ése... ni de los hijos de perra que lo empujan.

—Eres un mal periodista, Bill —rió Vince.

—Seguro, pero ya te he dicho que no me importa el negocio. Quien tiene que vivir conmigo, soy yo, ¿comprendes? Si apoyara esa canallada no podría volver a mirarme al espejo en todos los días de mi vida. ¡Que se vayan al infierno!

Vince terminó su tarea, metió también la maleta y cerró el armario. Entonces se enfrentó con Bill Turner abiertamente.

—Y ahora, compañero —masculló—, dime por qué has venido a contarme toda esa historia.

Bill titubeó.

—No lo sé. Tenía que hablar con alguien sin tapujos, y aquí no sabe

uno en quién confiar... aparte, naturalmente, de lo que he querido prevenirte. King es poderoso y te odia lo bastante como para tramar cualquier baja.

Vince miró largamente a su amigo. Le pareció que había cambiado mucho en aquellos diez años. Las sienes le blanqueaban y tal vez eso le daba ese aspecto envejecido.

Sonrió.

—Tengo la impresión de que hay algo más en tu cabeza, Bill, pero no quiero insistir. Si realmente tienes algún problema, ya hablarás de él cuando lo creas conveniente.

—De acuerdo, Vince. Estoy un poco desmoralizado estos días a causa de toda esa alharaca política. Más adelante quizá tenga algo que decirte.

—De momento, vamos a tomar unas copas juntos, como en los viejos tiempos. He recordado muchas veces la taberna de Burg... No me digas que ha muerto también, ¿eh?

—El viejo Burg... No; sigue vivo y gruñón como siempre. Vamos a beber, muchacho, y al diablo con todo lo demás.

Abandonaron la habitación y en el vestíbulo pudieron advertir el súbito silencio que se producía cuando lo atravesaban. Un silencio expectante. Bill sabía que no era producido por su presencia, sino por la de Vince Lombart.

Pero éste pareció no darse cuenta, aunque no despegó los labios hasta que se encontraron en la calle, envueltos y apretujados por el gentío, que incluso a aquella hora seguía llenando las aceras.

Entonces dijo:

—¿Y, Joe Nutting, sigue aquí?

—Sí, es dueño de una ferretería.

—¡Diablos! Todo el mundo ha dado unos tumbos tremendos. Joe era el último hombre sobre la tierra a quien yo hubiera creído capaz de resignarse con un comercio.

Torcieron por distintas calles, todas ellas desconocidas para Vince, pero minutos más tarde desembocaron en el callejón a cuyo final estaba la taberna que buscaban.

Antes de llegar a ella, Bill indagó:

—Estoy dándote informes sobre las actividades de media ciudad, y todavía no me has dicho qué ha sido de tu vida, ni lo que haces... Nada en absoluto.

—Tampoco me lo has preguntado hasta ahora.

—Bien, ¿qué es lo que haces, Vince?

Este soltó una risita irónica.

—He dado muchos tumbos, Bill. Prácticamente hice de todo cuando llegué a Nueva York. Sólo me faltó barrer las calles.

—No debió ser nada agradable para ti.

—No, no lo fue. Pero después las cosas se arreglaron y logré un buen puesto en un organismo importante. Me divierto, que es lo que importa en este perro mundo.

Bill se disponía a indagar qué clase de organismo era aquél, pero estaban llegando ya a la taberna de Burg y lo dejó correr.

El viejo Burg era casi una institución en Ainsworth. Nadie sabía su edad, ni él probablemente habría podido decírla. Tenía muchos años, era una mezcla de irlandés y francesa, y antes que eso, había habido otras combinaciones de razas. Entre ellas habían producido un ejemplar gigantesco, rudo y gruñón, de cabellera larga y enmarañada, y un corazón lo bastante grande para no desentonar con su impresionante tamaño corporal.

Vince se detuvo en el umbral de la puerta, dejando que sus ojos recorrieran los mil detalles que saltaban del pasado desde todos los rincones del establecimiento. Le pareció que no había transcurrido el tiempo, que él seguía siendo el joven barbilampiño que escapó de Ainsworth para no matar a su hermanastro.

La taberna estaba tal cual la recordaba.

El enorme corpachón de Burg se destacó desde el fondo y avanzó, contento al ver a Bill.

—¡Muchacho, qué poco te dejás ver! —exclamó estrujándole la mano con su garra de oso.

—Te traigo una sorpresa, viejo —rió el periodista, señalando a Vince con un gesto.

Los ojillos del tabernero, protegidos por espesas cejas, se clavaron en el forastero. Necesitó un esfuerzo para desenterrar del fondo de su memoria la imagen de aquel muchacho.

—¡Vince! —estalló de repente—. ¡El pequeño Gato Montés!

—¿Cómo estás, Burg?

Vince se encontró estrujado entre aquellos brazos, recios todavía, y cuando el abrazo se aflojó, sorprendió una sospechosa humedad en los ojos del hombre que tantos trucos le había enseñado en su juventud.

Burg no encontraba palabras con que expresar su alegría. Los tres fueron a sentarse a una mesa. El mozo se apresuró a servirles tres grandes jarras de cerveza y, cuando la emoción del primer momento hubo desaparecido, Burg gruñó:

—Había oído el rumor de que volvías, pero no lo había creído... Vince... muchacho...

—¿Cuántas tardes me había refugiado en tu trastienda, viejo?

—¿Y cuántos huevos con jamón no te habías comido aquí?

Rieron como dos chiquillos ante los recuerdos.

Bill los contemplaba en silencio. Sobre todo, sus ojos escrutaban cada detalle del recién llegado. Se asombraba ante la dura perfección de sus facciones, tan distintas de las que él recordaba. Y la fortaleza que

pregonaba la agilidad del elástico cuerpo. ¿Dónde diablos lo habría adquirido? Quizá se dedicaba a algún deporte.

Y luego, su aplomo. La seguridad de que parecía estar dotado en todo momento.

Recordó su respuesta cuando le había preguntado qué haría en caso de que Ring le desafiase.

Bebió su helada cerveza y siguió escuchando los comentarios y recuerdos que los dos estaban intercambiando. Por su parte, siguió dándole vueltas a la idea de que le preocupaba, la idea de la que no había hablado a Vince...

CAPÍTULO III

King Stamford sonreía con orgullo. Plantado al pie de las escaleras, con el brazo derecho pasado por encima de los hombros de atleta de Vince, dejaba que las cámaras de tres o cuatro reporteros tomaran la escena cumbre de la reconciliación, para la posteridad.

Vince contemplaba todo aquello con aire aburrido, todavía aturdido por la sorpresa que le había producido la actuación de su hermano.

El vestíbulo del hotel aparecía atestado de gente. Gente desilusionada, frustrada, una masa que se consideraba casi estafada por aquella escena.

Ellos habían esperado una buena pelea, tal vez a tiros, donde se ventilase el odio que King había pregonado a lo largo de diez años.

Y se habían quedado sin espectáculo.

Política.

Los curiosos empezaron a desfilar. Los reporteros llegados de la capital del estado emprendieron también la retirada y King, sin borrar su deslumbrante sonrisa, dijo:

—No me lo discutas, Vince. Tenemos que celebrar nuestro encuentro. Vendrás a cenar con nosotros. Marilyn estará encantada. Le he hablado tanto de ti...

—Bueno, realmente, King... Lo dejaremos para mañana, esta noche estoy agotado. El viaje, las visitas, tú y... Bueno, ya sabes.

—¡No lo consentiré, Vince! No pretenderás quedarte en el hotel mientras estés en Ainsworth. Mi casa es lo bastante grande para que vivas en ella tanto tiempo como se te antoje.

—Tú sabes que soy un tipo un poco raro... Salvaje, según decían antes. Me gusta la independencia. No; prefiero el hotel, aunque venga a comer contigo y Marilyn cuando tú quieras... a partir de mañana.

King borró la sonrisa de su rostro. Por un segundo sus ojos lanzaron un peligroso destello, pero luego volvió a sonreír y asintió:

—Okay, Vince, como quieras. Ya imagino que esta noche la querrás para ti, para recorrer la ciudad. Bueno, me pondré en contacto contigo mañana por la mañana, ¿de acuerdo?

—Así está bien, King.

Se estrecharon la mano. El último acto de la comedia, pensó el futuro político, conteniendo su furia de manera artística.

Antes de que pudiera añadir nada más, un rutilante botones se acercó a él, anunciando respetuosamente:

—Señor Stamford, al teléfono...; por favor, cabina número tres...

—Voy en seguida.

Se encerró en la cabina. Imaginó que sería alguno de sus distinguidos y acaudalados valedores.

—King Stamford al teléfono —dijo con voz rotunda.

—¿Me recuerda, Stamford?

Parpadeó,

—No. ¿Quién es usted?

—¿Es posible que se haya olvidado de mí?

Había una nota de burla en la voz. Una voz fría, socarrona...

King ahogó una maldición. Hacerle perder tiempo en acertijos, a él, al hombre más importante de...

—Escúcheme —soltó, digno y enérgico—. Soy un hombre con múltiples ocupaciones importantes. No puedo perder el tiempo resolviendo acertijos por teléfono. Si desea hablar conmigo, pida turno en mi oficina.

—No me sirve.

—¿Qué?

—No creo que le guste a usted tratar conmigo en su oficina. Creo que debe recordarme usted, Stamford.

El político bufó, fuera de sí, y se dispuso a colgar el auricular.

—Pienso que está usted borracho.

—¿No le dice nada el lago del Ángel una noche de junio.

Fue igual que si Stamford recibiese un mazazo en la frente. Se tambaleó. Su espalda se apoyó pesadamente contra la pared de madera de la estrecha cabina y el auricular escapó de sus dedos, golpeando estruendosamente los costados y la puerta. Quedó colgando, balanceándose igual que un péndulo.

Una voz metálica y violenta siguió vibrando a través del aparato. Eso hizo que Ring volviese a tomarlo y, lentamente, como un autómatas, se lo llevó al oído.

La voz aulló:

—¿Sigue ahí, compañero?

—Sí... Sí...

—Ya veo que me recuerda.

—Sí..., pero usted me había dado su palabra que jamás volvería a Ainsworth.

—No hay nada tan fácil de olvidar como las palabras —rió su interlocutor, más burlón que antes—. No perdamos tiempo, banquero. Necesito veinticinco mil dólares para mañana por la noche.

—¿Qué...?

—Veinticinco grandes, Ring.

—Está usted loco...

—Usted demostrará estarlo si se niega a pagar.

—No puedo darle esa suma.

—Palabras. Usted es el tipo más rico de la región. Eso es una bagatela para un banquero, para el hombre que está lanzado hacia el Capitolio.

¿Le gustaría que todo se le viniera abajo de un golpe?

—¡No, no, claro que no! Escuche, venga a verme y hablaremos.

Preséntese como un corredor de bienes raíces y...

—No me conviene, compañero. No deseo que la historia se repita.

—¡Pero yo le di diez mil dólares para que se marchara lejos de aquí!

—Han pasado años, Stamford... y el dinero se va con enorme facilidad en estos tiempos. Y basta de charla. Veinticinco mil mañana por la noche.

—¡No, espere!

El chasquido del auricular le dejó como paralizado.

Un miedo cervical empezó a invadirle. Un terror supersticioso.

Veinticinco mil... ¡Claro que podía pagarlos! Era una dentellada, pero podía pagarlos.

Sin embargo, ¿cuánto tiempo pasaría hasta que aquel bastardo volviera a exigirle más y más, sangrándole como a una repelente sanguijuela?

Cuando salió de la cabina estaba pálido y macilento, a pesar de sus heroicos esfuerzos para aparentar normalidad.

—¿Qué te pasa, Ring? —indagó Vince.

—Nada, un pequeño mareo. Debe haber sido el aire cerrado de la cabina. Estamos de acuerdo, ¿eh, Vince? Mañana te llamaré y conocerás a Marilyn.

—Preséntale mis respetos.

El futuro político se marchó precipitadamente. Vince le siguió con la mirada hasta que hubo desaparecido. Después, él abandonó también el hotel y se lanzó a recorrer las calles.

El cambio sufrido por la población era inmenso, apenas comprensible. Lujosos bares, salas de fiestas, «cabarets» y, más en las afueras, tugurios en los que, según le había Contado Bill, uno podía buscar cualquier diversión, por depravada que fuera.

¿Quién diablos manejaba semejante tinglado?

Empezaba a estar cansado cuando, al disponerse a abandonar el mostrador del bar de turno, una pesada mano cayó sobre su hombro y una voz recia, exclamó:

—¡Vince! Vince Lombart en persona...

Se volvió. Por sus ojos pareció pasar un frío relámpago, pero inmediatamente sonrió y se sacudió aquella garra de encima.

—Bueno, Hardecker. No pensaba tropezarme contigo precisamente. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Me gusta la Feria Anual —explicó Hardecker—. Me divierte contemplar el entusiasmo de esos pueblerinos.

Vince hizo una mueca. No le gustaba aquel tipo. No le había gustado nunca, ni siquiera cuando formaba parte de su pandilla juvenil.

—Me dijeron que te habías marchado a Los Ángeles —dijo.

—Y sigo allí. Es una ciudad de locos, debido a la influencia de Hollywood. ¡Un manicomio! Pero hay oportunidades a montones para

ganar dinero.

—¿Cómo lo ganas tú?

El aludido arqueó las cejas. Tardó un poco en contestar, titubeando, pero divertido por lo directo de la pregunta.

Al fin gruñó:

—Soy jugador.

Lombart se enderezó.

—¿Naipes?

—Sí.

—Ya veo... Partidas amañadas y todo eso, ¿eh?

Hardecker se echó a reír estruendosamente.

—No seas puritano, Vince. No es preciso hacer trampas para ganar dinero jugando. Todo es cuestión de habilidad y sicología. Me va muy bien, ¿sabes?

—Lo supongo.

—Cuando quieras jugar una partida, no tienes más que decírmelo. Yo buscaré un par de puntos más.

—No, gracias. No me gusta arriesgar dinero tan fácilmente.

Hardecker se encogió de hombros y soltó otra de sus ruidosas carcajadas.

—¡Un chico prudente! —exclamó, burlón—. En fin, cada uno tiene sus gustos. Ya nos veremos si te quedas unos días.

Pagó, y tras palmear amistosamente la espalda de Vince abandonó el bar.

Un hombre como Hardecker, pensó Lombart, marrullero en todos sus tratos, fuerte, rudo y violento, tenía que seguir ese camino. Jugador de ventaja, un tramposo, a pesar de cuanto dijera en contra. Vince conocía el tipo.

Consultó su reloj y de pronto recordó la cita en el bar de Monty.

Anduvo apresuradamente en busca de la calle Mayor y cuando llegó al lujoso establecimiento se sentía disgustado consigo mismo, a causa del retraso que llevaba.

El hombre que le esperaba tendría unos cincuenta años, menudo y nervioso, de ojos huidizos y manos finas y largas, parecidas a las de una mujer.

Vince se sentó frente a él, disculpándose. Sin embargo el otro le interrumpió:

—Olvídalo, muchacho. Es noche de fiesta... Nadie tiene prisa y no vamos a ser nosotros una excepción.

—Yo sí la tengo, Crisby. Quiero marcharme tan pronto terminemos con lo nuestro. Antes, por teléfono, me ha dicho que iba a entrevistarse con su abogado. ¿Tiene ya listos los documentos?

—Me ha prometido tenerlos para mañana a primera hora. Le di el borrador que tú mismo me facilitaste. Haces un excelente negocio,

Vince.

—Si he de decir la verdad, apenas si recordaba esos benditos terrenos. Lo que sí recordaba era el lago. Íbamos a bañarnos a él todos los chicos y las muchachas de la pandilla. Un lugar paradisíaco.

—No eres tú solamente al encontrarlo tan agradable. Todas las parejas de enamorados de la ciudad lo han elegido como punto de esparcimiento... Uno se imagina lo que pasaría si aquellas rocas, aquellos matorrales y prados pudieran hablar.

Crisby se echó a reír.

Se acercó un mozo y Vince pidió dos dobles de whisky. Después dijo:

—¿Cómo se le ocurrió construir un hotel en el cerro del Ángel, Crisby?

—Hace mucho tiempo que acariciaba esa idea. Naturalmente, pienso hacer algo excepcional. Quiero atraer gente de todo el estado... Ya sabes, lanchas motoras, un solárium en el centro del lago con su bar, su pista de baile y amarradero para las embarcaciones.

—Un momento —le atajó Vince—. ¿Cómo va a construirse eso en el centro? El lago es profundo, mucho más en el centro. No pensará poner una plataforma flotante...

Crisby sonrió, encantado de exponer sus ideas.

—Ni hablar. Tú sabes que el lago no es otra cosa que un gigantesco embalse natural. El agua entra en él procedente de los montes del norte, por el Sevier River, ese riachuelo saltarín, y que luego, por el sur, desagua en el Florence River. Pues bien, mientras duren las obras, desviaré la entrada del agua y hundiré más la salida.

—Y vaciará el lago —exclamó Vince, estupefacto.

—Naturalmente. Eso es lo que pienso hacer, aunque no es preciso vaciarlo del todo; tú sabes... sólo lo suficiente para fijar los montantes de cemento armado en el fondo. Se convertirá en el mejor parque de recreo de todo el estado.

Vince asintió. Sabía perfectamente que era una gran idea, y así se explicaba el ventajoso precio que Crisby le había ofrecido.

Contento por el negocio, Vince se encaminó al hotel. Pensó entonces, por primera vez en toda la noche, en King Stamford y su desconcertante conducta. Empezó a darle vueltas a la reconciliación y acabó por decirse que Bill Turner había exagerado al pintarle el odio de su hermanastro.

Cuando se acostó, dejó de pensar en King y su mente se dedicó por entero a recordar los tiempos en que se zambullía en el lago y jugaba con las muchachas que entonces le asediaban... y en las parejas de enamorados que, ya en aquella época, tomaban al asalto las orillas del agua y sus escondrijos, para decirse las eternas quimeras.

«Aunque —se dijo—, en la actualidad deber ser los coches los que se estacionan en las cercanías. Coches a oscuras, como en cualquier parque de cualquier ciudad del mundo.»

Al diablo. Lo que le interesaba era vender y largarse de Ainsworth cuanto antes.

Así se quedó dormido, con la idea de levantarse tarde, con el tiempo justo de afeitarse y llegar al despacho del abogado para entrevistarse definitivamente con Crisby.

Sin embargo, las cosas no iban a ser tan fáciles.

Le despertaron unos recios golpes en la puerta de la habitación.

Amodorrado, tanteó la mesita de noche hasta encontrar el reloj. Eran los ocho de la mañana. Refunfuñó una maldición cuando los golpes se repitieron.

—Entre —gruñó.

La luz de la mañana se filtraba por entre las cortinas; no obstante, había suficiente claridad para distinguir al arrogante tipo que entró en la habitación, seguido de otro no menos arrogante dentro de su uniforme nuevo.

Se incorporó de un brinco.

—¿Qué pasa, oficial? —inquirió, sorprendido.

—Soy el capitán Mac Kencie —se presentó el policía—. Y me acompaña el sargento Mooreland. Deseo hablar con usted, señor Lombart.

—Mac Kencie... creo que le recuerdo —murmuró Vince—. Usted estaba en el ejército cuando me marché.

El policía sonrió.

—Hace mucho tiempo de eso, Vince. ¿Le molesta que le llame así?

—En absoluto. Lo que me sorprende es su presencia aquí y a estas horas.

—Ha sucedido algo grave. Según me han informado, usted se entrevistó anoche con John Crisby en el bar de Monty. ¿Es cierto?

—Sí. ¿Qué ha pasado, capitán?

—Ahora le diré... ¿A qué hora se encontró con él?

—Algo después de las once. Llegué un poco retrasado a la cita.

—¿Ya qué hora se separaron?

—No puedo decirlo con exactitud... Tal vez a las doce.

—¿No más tarde?

—Quizá un poco más tarde, no puedo saberlo con seguridad. Pero vamos, ¿qué pasa con Crisby?

Los dos policías se miraron. Después el capitán gruñó:

—Alguien lo mató anoche, en el jardín de su propia casa.

Vince pegó un respingo y quedó sentado en el borde del lecho.

—¿A Crisby? —balbució—. ¡No es posible!

—Desgraciadamente, no hay duda alguna, Vince. Según tengo entendido, él deseaba comprarle a usted el cerro del Ángel y el lago. Supongo que anoche hablarían ustedes de esa transacción, ¿no es así?

—Exacto. ¡Pobre viejo!

—No era tan viejo, Vince... Trate de recordar su conversación de anoche. ¿Expresó algún temor?

—Ninguno, en absoluto. Estaba entusiasmado con los planes que tenía para el lago y aquellos terrenos. Casi todo el tiempo estuvimos hablando de eso.

—Comprendo. Yo tenía la esperanza de que él le hubiera confiado algo a usted, tal vez alguna amenaza que hubiera recibido o algo por el estilo.

—No hubo nada de eso.

—Bien, lo siento. Y lamento haberle molestado...

Alargó la mano para estrechar la del atónito Lombart, pero éste le detuvo.

Un minuto, capitán. ¿Cómo sucedió?

—¿Quiere decir cómo le mataron? Sencillamente le clavaron un cuchillo entre las costillas. Un viejo cuchillo de cocina. Una vecina lo ha descubierto esta mañana desde la ventana de su casa y nos ha llamado. Crisby vivía solo, ya debe usted saberlo.

—Sí, me lo dijo cuando nos encontramos en Nueva York...

—Ha sido un condenado suceso, en plena Feria Anual —refunfuñó el capitán.

Al quedar solo, Vince se dejó caer de nuevo sobre la cama y trató de ahogar la sarta de maldiciones que pugnaban por salir a borbotones de sus apretados dientes.

Un viaje inútil. Ya no habría ni venta ni dinero. ¿Para qué diablos tenía que quedarse ni un día más?

Apenas sin advertirlo, comenzó a odiar Ainsworth con más intensidad que nunca.

«Al diablo Ainsworth», refunfuñó al dirigirse a la ducha.

CAPÍTULO IV

Encontró a Bill sumergido en un mar de galeradas, pruebas de composición y páginas a medio confeccionar. El propietario, redactor jefe, publicista y cuantos cargos hicieran falta para sacar el periódico adelante casi desaparecía detrás de aquella montaña de papeles oliendo a tinta húmeda todavía.

—Siéntate donde puedas, Vince —dijo, atareado—. Dentro de unos minutos habré terminado.

—No tengo ninguna prisa. A decir verdad, he venido casi por inercia.

—¿Qué has estado haciendo?

—Dando vueltas como un perro vagabundo. ¿Qué demonios me pasa, Bill? No me encuentro a mí mismo desde que estoy aquí.

—Regístrate... ¿Qué te ha parecido lo del pobre Crisby?

—Ha sido un desgraciado suceso —refunfuñó el joven—. Precisamente cuando íbamos a cerrar el trato. Esta mañana, el capitán Mac Kencie me ha sacado de la cama para interrogarme. Y hace apenas media hora que le he visto otra vez. Parece que ha sido obra de un forastero... Uno de esos pordioseros que van de feria en feria, de paso. Bill lanzó un gruñido que a nada comprometía y siguió con su nervioso trabajo. Vince guardó silencio unos instantes. Después añadió:

—El cuchillo pertenecía a Crisby. El asesino lo robó en la propia cocina del viejo.

—Ya lo sé.

—Pero no robó nada más.

Bill interrumpió su trabajo el tiempo justo de levantar la cabeza y clavar sus duros ojos en su visitante. Una sonrisa comenzó a aflorar en su cara, pero se borró al instante, tan pronto como volvió a sumergirse en sus galeradas.

Así que te has enterado —gruñó.

—Sí.

—¿Te lo ha dicho la policía?

—Sí.

—Y a pesar de eso siguen creyendo que ha sido obra de un vagabundo. ¿Qué te parece, muchacho?

Vince sacó un cigarrillo, lo encendió y no dijo nada. El periodista prosiguió, distraído:

—Claro, tú no entiendes nada de estas cosas, pero yo te digo que hay algo más detrás de ese crimen. Si fueras un hombre experto en criminología, te darías cuenta de la cantidad de lagunas que hay en esa muerte...

—Tú debes saberlo, Bill. Tu trabajo debe haberte convertido en un veterano...

—Puedes afirmarlo.

—¿Qué crees que hay detrás de la muerte de Crisby?

—¿Cómo diablos puedo saberlo? Es otro de esos extraños sucesos que nunca se aclaran.

Vince aguzó su interés.

—¿Opinas que no encontrarán al asesino?

—Te apuesto cinco a uno, muchacho, a que Mac Kencie archivará el caso entre los insolubles. Tiene una buena cantidad de éstos.

Algo había en su voz que chocó a Vince.

—Creo entender que no aprecias a Mac Kencie, Bill —dijo.

—Ni lo aprecio, ni lo desprecio. Me es indiferente. Tal vez, si me apuras un poco, te diré que no me gusta; pero eso es todo. Es incompetente, rastrero y ambicioso. No, no me gusta.

—¿Metido en política?

—¿Cómo lo sabes?

Bill irguió la cabeza, sorprendido.

—No lo sabía, pero esa clase de policías están cortados todos por el mismo patrón.

Su amigo le sostuvo la mirada unos instantes, hasta que acabó por sonreír.

—Tienes toda la razón del mundo, compañero. Lo que me sorprende es que estés enterado. ¿Dónde has conocido otros tipos como Mac Kencie? No habrá sido en Nueva York.

Vince esbozó un ademán, queriendo quitar importancia al asunto.

—Los hay en todas partes, Bill.

—Sí, supongo que así es... Bueno, termino esto y nos vamos a tomar algo fresco. Hace un calor del demonio.

Ninguno de ellos volvió a despegar los labios hasta que Bill dio por terminada su tarea. Despachó unas órdenes a los encargados de las máquinas y al fin abandonó el despacho en compañía de Lombart.

Este refunfuñó cuando salieron a la calle.

—Pensaba marcharme hoy mismo, Bill. Nada me retiene aquí.

—Y bien, ¿por qué no lo haces?

—Tengo que comer en casa de King. Está empeñado en que por lo menos debo ir a conocer a su esposa.

—Chico, te juro que, de no haberlo visto, no lo habría creído jamás. King te odia hasta el infinito.

—Exageras. Ya viste que fue él quien vino a mí para reconciliarnos.

—Ahí está lo sorprendente. Pero te apuesto que su odio sigue igual, o en aumento. Eso no ha pasado de una triquiñuela política.

Vince le miró con cierta sorpresa y su compañero agregó:

—Está en plena campaña electoral. No podía arriesgarse a una lucha abierta contra ti, demostrando que es un hombre que se deja llevar por el odio. Eso no es político, ¿comprendes? En cambio, fingiendo esa

noble reconciliación, se ponía ante la gente como un «hombre bueno».
¿Está claro?

—Empiezo a verlo...

—Lo celebro. Y ahora, vamos a ver cómo nos sienta el whisky por la mañana.

Esperaron a que el mozo les hubiera servido antes de volver a hablar. Vince Lombart dijo, como si fuera un simple comentario: —¿Qué es eso de los casos sin resolver?

—¿Te refieres a Mac Kencie? Bueno... No son más que eso. Delitos que han quedado impunes.

¿Por falta de competencia?

—O por falta de interés en resolverlos.

—Ya veo...

—¿También eso sucede en todas partes? —gruñó Bill.

—Poco más o menos... Pero no en gran escala.

—Entonces son más afortunados que nosotros. Yo te podría hablar de robos sensacionales que jamás se han aclarado. Mac Kencie los achacó a elementos forasteros. Algunas desapariciones misteriosas, y algún que otro asesinato...

Vince se quedó callado, pensativo, bebiendo el whisky a pequeños sorbos. Al cabo de unos momentos de silencio, Bill refunfuñó:

—¿En qué estás pensando?

—En lo que acabas de decirme. Si la policía son un puñado de inútiles, no comprendo por qué los ciudadanos más influyentes no han hecho algo para cambiar las cosas.

—¡Ajá! Ahora has puesto el dedo en la llaga, muchacho. Esos ciudadanos influyentes, para llamarlos de alguna manera, son los que manejan la ciudad a su antojo, con el alcalde a la cabeza. ¿Sabes una cosa? Yo he intentado combatirlos algunas veces y he tenido que cesar en mis esfuerzos... La última vez me rompieron las máquinas y me costó empeñarme hasta el cuello para poder levantar la cabeza otra vez.

—Comprendo. Es decir, creo que empiezo a comprender.

—Lo dudo. Es demasiado sórdido para que lo comprendas con tan pocos datos.

Vince sonrió irónicamente, pero cambió de tema.

—Dime algo de mi cuñada. ¿Qué tal es?

—Una belleza como no he visto otra. Elegante, tiene medios para serlo. Y un tanto amargada, si es que mi opinión te sirve de algo.

—¿Por qué amargada?

—Porque tengo la idea de que está arrepentida de haberse casado con King. Ella es una mujer apasionada, sincera y alegre, y se ha encontrado con un marido que no tiene más que fachada, falsedad e hipocresía. King es un pescado frío, calculador. Y Marilyn necesita

algo muy distinto para ser feliz.

—Ya veo. Desde luego, estás resultándome una fuente de información imprescindible.

—Es mi oficio, ¿no? —rió Bill—. Cuando la veas me darás la razón. Verdaderamente, cuando Vince se encontró ante Marilyn Stamford, reconoció que Bill estaba en lo cierto, y tal vez se había quedado corto.

Al soltar su mano, después de los saludos de rigor, Vince sintió como si acabara de perder algo valioso. El calor de su piel quedó entre sus dedos como un cálido recuerdo.

—Me alegro mucho de que hayas podido venir —murmuró la mujer, con la voz un poco ronca, insegura, King hizo un ademán ampuloso.

—Por favor, querida, nada de cumplidos. Vince es mi hermano... ¿No es cierto, muchacho?

—Naturalmente —masculló el aludido, todavía bajo el efecto que ella le había causado. ¿Cómo era posible que una dama semejante se hubiera enamorado de un saco de vanidad como era Stamford?

—¡Magnífico! —exclamó éste, con una alegría demasiado estrepitosa para que fuera sincera—. Voy a cambiarme de ropa. Prepara tú los combinados, ¿te parece bien, querida?

—Sí, King...

El futuro político abandonó la sombreada terraza. Marilyn giró sobre sus talones y se acercó a un mueble bar portátil. Desde allí preguntó:

—¿Martini, Vince?

—Sí; seco, por favor.

La contempló a placer. ¡Qué mujer! pensó.

Era alta, y su espléndida figura se sostenía sobre unas piernas largas, exquisitamente torneadas, y que resaltaban sus finos tobillos de bailarina.

Tenía un rostro suave y moreno, con los pómulos un poco salientes que le conferían cierto aire exótico. Los labios apenas maquillados eran incitantes, pero también inducían a pensar en un rictus de tristeza o amargura. Una tristeza que se reflejaba igualmente en sus profundos ojos azules.

Vince no recordaba haber visto una mujer tan bella en todos los días de su vida.

Definitivamente, Bill tenía razón.

Desvió la mirada cuando ella le ofreció la copa. Pareció como si un extraño hechizo se rompiera de golpe.

Después, con la helada bebida en la mano, buscó una frase ingeniosa con que romper el hielo, pero ella no le dio tiempo.

Con voz contenida, preguntó:

—¿Vas a quedarte mucho tiempo aquí?

—No... Espero irme mañana.

Le pareció que ella dejaba escapar un suspiro de alivio, y eso le extrañó en gran manera.

—Nada me retiene aquí —aclaró—. Todo ha cambiado tanto que ni siquiera mis amigos son como yo los recordaba. Supongo que yo les causo la misma impresión a ellos.

Marilyn daba la sensación de no escucharle, como si estuviera pendiente del regreso de su marido.

De repente, murmuró, clavándole los ojos en la cara:

—¡Por favor, por favor, Vince..., ten mucho cuidado! El muchacho pegó un respingo.

—No te comprendo, Marilyn...

—No puedo decirte más... Pero ten cuidado... y márchate cuanto antes, por lo que más quieras.

Vince escrutó aquel rostro, que había quedado sin color. Después dirigió la mirada hacia la puerta por donde había desaparecido su hermanastro.

—¿Es él quien te infunde esos temores? —preguntó.

Ella asintió con leve gesto, pero no habló.

Lombart se echó hacia atrás en el sillón de mimbre. Vació el vaso y buscó mecánicamente un cigarrillo. Lo encendió, con el ceño fruncido, pensando furiosamente en aquella absurda situación.

Finalmente volvió a inclinarse hacia adelante y murmuró:

—¿Temes que intente alguna violencia contra mí?

—Sí...

Asombroso, se dijo. Su propia mujer...

—Pero él mismo me ofreció la reconciliación...

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Te odia, Vince... ¡Dios, cómo te odia!

—Ya veo... Política, ¿eh?

—¿Te has dado cuenta?

—He sido un estúpido. Bill tenía razón.

Dejaron de hablar cuando oyeron los pasos de King que volvía. Llevaba estampada en el rostro una mueca de satisfacción, tan falsa como una moneda de plomo, según pensó Vince. Ahora ya no le cabía duda de la realidad.

No obstante, se contuvo con toda su voluntad y sostuvo la insulsa conversación de su hermanastro. Tuvo que soportar una verdadera conferencia política sobre los planes, cuidadosamente elaborados por «él personalmente», para cuando estuviera en la capital del estado.

Le costó infinito tacto apartarlo de semejante tema, aburrido y pesado, y al fin pudo preguntar:

—¿Qué ha sido de la vieja pandilla, King? Sólo he visto a Bill y al viejo Burg. ¡Qué gran tipo este!

King hizo una mueca. ¡Un tabernero! A juzgar por su expresión, había olido algo podrido;

No obstante, habló con voz amable:

—Se han desperdigado casi todos. Y en cuanto a las chicas, unas se han casado, otras se han marchado de la ciudad... Lo normal, ya sabes...

—Es lógico. Pero no puedo imaginarme a las muchachas de entonces convertidas en madres de familia —rió ante algún recuerdo y añadió, con voz ronca—. Por ejemplo... ¿Recuerdas a Delia?

King arrugó el entrecejo.

—¿Delia? No... ¿La conocía yo?

—¡Naturalmente! Delia, una chiquilla alegre como una bandada de pájaros.

—¡Hombre, sí! Ahora sé quién es. Un mal asunto, muchacho.

—¿Sí?

King echó una mirada hacia Marilyn, pero acabó por explicar:

—Escogió, el camino torcido..., ya sabes... Está en alguno de los tugurios del extrarradio, y uno de los más bajos. Creo que lo llaman The Stumbling...

—El Tropezón... Un nombre muy apropiado —gruñó Vince, con una extraña sensación de desasosiego—. Nunca hubiera imaginado un fin semejante en Delia...

King se encogió de hombros.

—La vida da muchas vueltas —dijo filosóficamente.

—¿Recuerdas a Hilda Main? También era una gran chica...

Le pareció que King se sobresaltaba al oír ese nombre, pero el futuro político acabó por esbozar una forzada sonrisa.

—También creo que ha acabado mal. Pero ésa se marchó.

—Cuéntame. Me siento chismoso desde que he vuelto a Ainsworth...

—No puedo decirte mucho. La gente dijo que se había liado con un actor de tres al cuarto. Era un tipo que trabajaba en una compañía que actuó aquí durante unos días. Cuando la compañía se marchó, al día siguiente lo hizo Hilda. —Hizo una pausa. Su voz era un poco ronca cuando añadió—: Se la había visto el día anterior hablando con ese cómico en un bar... Parecerían muy amartelados, según la vox populi...

—Diantre... la de cosas que han sucedido en este tiempo...

La llegada de una sirvienta negra interrumpió la conversación. Llevaba un aparato telefónico portátil y anunció, mientras lo conectaba a un enchufe adosado a la pared:

—Para usted, señor Stamford...

King cogió el auricular. A Vince le pareció que su mano no era muy segura.

—¿Sí? Stamford al habla.

Escuchó unos instantes. Entrecerró los ojos. Palideció.

—Llámeme esta tarde a mi despacho...

Una voz metálica vibraba en el auricular, aunque no podía entenderse ni una palabra. Sin embargo, daba la impresión de brusquedad, autoritaria.

King dijo, casi gritando:

—¡Ya sabe que no quiero tratar asuntos de negocios en mi casa! Llámeme a mi oficina.

Y colgó bruscamente. Pequeñas gotas de sudor perlaban su frente.

Lombart archivó todos esos detalles en su mente. Dificultades políticas en ciernes, tal vez.

Marilyn se levantó. El visitante quedó prendido de su hechizo al admirar nuevamente la majestuosa belleza de aquella mujer.

—Será mejor que pasemos al comedor —dijo—. ¿O le apetece a alguien otro martini?

—Yo tomaré otro, querida, pero lo prepararé personalmente; los tuyos resultan algo flojos...

Vince siguió a su cuñada hacia el comedor, mientras King se entretenía en la terraza con los licores. Ella aprovechó la oportunidad de encontrarse solos de nuevo para murmurar:

—No te confíes, Vince. Cuando está tan amable es cuando se vuelve más peligroso.

—¿No le amas, acaso?

Ella se sorprendió un poco de lo directo de la pregunta. Pero tras echar una mirada a la entrada, murmuró:

—Hace años que estamos prácticamente separados. Ya sabes: habitaciones separadas, pero representando una comedia ante la sociedad...

—Ya veo...

—Vivimos juntos menos de seis meses..., el tiempo justo que tardó en mostrarse tal cual es.

Vince no dijo nada, ni siquiera durante la comida dejó que su expresión revelara sus verdaderos pensamientos.

No obstante, la sola proximidad de Marilyn le turbaba...

«¡Qué lástima de mujer!», pensó.

Y también lamentó tener que irse tan pronto.

CAPÍTULO V

El Tropezón estaba al final de una callejuela maloliente, una hendidura entre los destartados almacenes y garajes de las fábricas que se habían extendido en las afueras de la ciudad. El pomposo letrero parpadeante en la oscuridad, aunque dos de sus letras debían estar estropeadas. Vince se detuvo bajo el rótulo y dudó entre seguir adelante o retroceder.

Casi no podía explicarse el impulso que le había empujado a emprender esa excursión nocturna a semejante lugar.

Escrutó los alrededores, negros y desiertos. Las puertas batientes del local estaban inmóviles, y del interior se desbordaba la chillona música de un tocadiscos automático. Un rumor de conversaciones se mezclaba con la música.

Al fin se decidió. Empujó los batientes y entró en el tugurio. Sus pulmones absorbieron el desagradable olor a humo de tabaco barato que flotaba como una espesa niebla, y cuando reaccionó buscó el bar y se encaminó hacia él.

Era un tugurio como los hay en todas las ciudades, con luces flojas e indirectas, rojizas; clientela vociferante, brutal y pendenciera, y las inevitables mujeres esparcidas estratégicamente, la mayoría de ellas con más años de los que habrían deseado.

El whisky que le sirvieron era un veneno infame que ardía en la garganta, cual una explosión. Abandonó el vaso sobre la barra y escrutó a su alrededor. No concebía a Delia en semejante pudridero... Una muchacha que debía tener a lo sumo treinta años, o tal vez menos.

Sin embargo, la reconoció en cuanto sus ojos cayeron sobre ella.

Estaba sentada a una mesa ubicada en un rincón. Tenía una copa ante ella, una copa vacía a la que miraba con tanta intensidad que daba la impresión de esperar de ella la solución a todos sus problemas.

No se acercó a Delia todavía. Siguió observándola un poco más, recordando la cara infantil que siempre reía. Reían sus ojos, sus dientes y todo su cuerpo parecía formar parte de aquella alegría inacabable... Y ahora era una mujer envejecida, triste, de ojos hundidos y piel excesivamente blanca. Profundos círculos amoratados rodeaban sus ojos que, diez años atrás, él había besado en todas las ocasiones que habían surgido, en todos los bailes que habían coincidido, mientras ella reía igual que una chiquilla.

Se sorprendió al experimentar un acusado sentimiento de piedad, de compasión hacia aquella imagen de otro tiempo. Se dijo que poderosas causas debían haberla empujado a aquel abismo en que se había hundido.

Caminó despacio hacia ella', pero Delia no levantó la mirada, ni

siquiera cuando él se detuvo frente a la mesa. Finalmente acercó una silla y murmuró con voz emocionada al sentarse:

—¿Cómo estás?

La mujer movió apenas los labios cuando dijo:

—Pide un par de copas, muchacho. Aquí me dan comisión...

—Pobre Delia...

Se estremeció. Despacio, levantó la cabeza y sus hundidos ojos se clavaron en los de él, grises y acerados, brillantes como si en su fondo ardiera un incendio.

—Vince... —susurró sin voz—, ¡Vince Lombart!

—¿Te acuerdas de mí, todavía?

De pronto rompió a llorar. Giró en la silla para darle la espalda y que él no pudiera verle el rostro. Todo su cuerpo era sacudido por el llanto, amargo y desesperado.

Durante un instante, Vince no atinó a moverse, desconcertado al no saber qué hacer...

Hasta que, alargando la mano, la sujetó por el brazo y la obligó a enfrentarse nuevamente con él.

—¡Cálmate, Delia...! Vas a llamar la atención...

—¿A qué has venido, Vince? —balbuceó entre sollozos.

—Quería verte.

—He oído decir que estabas en Ainsworth y no podía creerlo. ¡Oh, Vince!

Él esperó a que se calmara un poco, antes de preguntar:

—¿Qué quieres beber? Un trago te reanimará.

—Lo que quieras. Tendrás que ir a buscarlo al mostrador.

Vince lo hizo y regresó con dos whiskys con hielo y agua. Después de beber, la mujer susurró:

—¿Por qué has venido, Vince? Es tan espantoso. Hubiera sido mejor que en tu recuerdo yo siguiera siendo buena...

—¿Qué te sucedió? Tú eras la mejor chica del grupo. Tampoco te faltaba dinero.

—No éramos ricos...

—Pero tampoco pobres.

—Mis padres murieron al poco de marcharte tú, un año después, quizá... Lo vendí todo, gasté el dinero...

—Sigue.

—No, Vince..., no quiero que lo sepas. Es demasiado horrible, repulsivo. Vete, por favor, y sigue recordando como era antes...

Vince apretó los dientes. Casi no podía creer lo que estaba sospechando.

—Mírame, Delia.

Se resistió un instante, pero acabó por levantar la cara y los ojos del hombre buscaron en los suyos, escrutándolos, tratando de descubrir lo

que se escondía detrás de su inmensa tristeza, escudriñando aquellos círculos amoratados, la falta de brillo del iris...

Lombart no pudo evitar el chirrido de sus dientes cuando los apretó como un cepo. No podía hacerse a la idea de que aquello le estuviera ocurriendo a él... Que él, él precisamente, estuviera viendo aquellos signos inequívocos...

—Delia... —murmuró.

—¡Oh, no, Vince!

De nuevo esquivó su mirada en un vano intento de ocultar lo que él ya había descubierto.

—Así que es eso —refunfuñó el hombre.

—No quería que lo supieras...

—¿Desde cuándo, Delia?

—Hace años... Eso se llevó todo el dinero...

—Comprendo. Vamos, mírame.

Otra vez Delia sintió aquellos ojos de acero taladrar los suyos, como si desearan penetrar dentro de su cerebro.

—¿Quién te inició, Delia?

La pregunta de Vince la sobresaltó.

—Hablemos de otra cosa, por favor.

—No, quiero saberlo, pequeña...

—¿Por qué? ¿Qué puede importarte a ti, Vince?

—Deja las preguntas para mí, ¿quieres? ¿Qué es lo que tomas?

Ella movió la cabeza y no respondió. Tras una vacilación, Vince se movió rápidamente. Su mano derecha se deslizó hasta rozar con las yemas de los dedos los muslos de Delia, por debajo de la falda. Sintió bajo sus dedos una infinidad de duros granitos.

—¡Vince, no...!

—Heroína... ¿O tal vez morfina?

La mujer perdió el aliento.

—Heroína —confesó al fin.

—Muy bien, pequeña. Ese es un vicio que no se adquiere por generación espontánea. ¿Quién te inició en la droga? ¿Cómo sucedió? Nuevo silencio, hasta que los tensos nervios de ella se derrumbaron. Pareció perder estatura cuando se encogió sobre sí misma. Cerró los ojos y murmuró:

—Fue en una fiesta. Todavía ahora no comprendo cómo sucedió... Me emborracharon..., noté un pinchazo... aberraciones...

—¿Y luego? —insistió él, al ver que callaba.

—Luego, el despertar. Una sed espantosa..., náuseas... ¡Dios mío! Y el recordar lo que había hecho... y lo que habían hecho conmigo. Días y días sin poder olvidarlo, encerrada en casa, sola, sin atreverme ni siquiera a mirarme al espejo. Y de repente, como un golpe, el deseo inmenso de olvidarlo, de hacer algo para alejar aquella repugnancia...,

algo que me permitiese volver a vivir y respirar, y mirarme al espejo sin desviar los ojos. Y fui en busca del que había organizado aquella orgía.

—Ya veo.

—Así empezó, Vince... ¡Es repulsivo!

—¿Quién fue el organizador de la juerga?

—No lo conoces... Se llama Gordon... Tommy Gordon... Es un personaje importante ahora...

—¿Organizaba él las orgías o servía de pantalla para alguien más?

—¿Por qué quieres saber todo eso, Vince? No puedes hacer nada para cambiar las cosas, nadie puede hacer nada... Y es peligroso...

—Olvida eso ahora y respóndeme.

—Siempre ha habido varios peces gordos en ese negocio. Son gente depravada los que toman parte en esas infernales fiestas...

—¿Sabes sus nombres?

Esta vez Delia se enderezó.

—¿Por qué tanto interés, Vince? Ya te he dicho que nada se puede hacer.

—No te he dicho que piense hacer algo, pero quiero saberlo... Escucha, ¿no te gustaría sacudirte esto de encima, volver a sentirte limpia, no necesitar esos pinchazos que te van hundiendo cada vez más en un abismo en cuyo fondo sólo encontrarás la locura y la muerte?

—Eso es imposible. Nada puedo hacer ya.

—Pueden curarte. Hay sanatorios especializados.

—Ya he oído hablar de eso... Cuesta mucho dinero. Y se sufren todos los tormentos del infierno.

—Puedes ir a un sanatorio oficial. Es más, yo puedo llevarte. Te aceptarán encantados si te acompaño.

—¿Tú?

—Sí, Delia.

—¿Por qué te tomas ése interés por mí?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez porque deseo mantener limpio un dulce recuerdo de mi juventud.

Por un instante, pareció que ella iba a echarse a llorar en sus brazos, aceptando la generosa oferta. Pero, de pronto, inesperadamente, se echó hacia atrás y una sombra de temor aleteó en sus pupilas.

—Es..., es demasiado tarde, Vince...

—Eso deben decirlo los médicos, pequeña.

—No comprendes... Demasiado tarde...

Vince Lombart no se dio por vencido. Se disponía a insistir cuando una nueva voz intervino en el diálogo. Una voz ronca y desagradable.

—Vamos, nena. No estás aquí para hablar.

Lombart levantó la cabeza y midió al tipo de arriba abajo.

«Un matón», pensó.

Un fulano de rostro aplastado, nariz chata y casi inexistente, anchos hombros y grandes manos de luchador.

Delia miró al brutal individuo con evidente terror.

—Sí, Morton..., estábamos discutiendo el precio...

—Demasiado tiempo —dijo el Otro—. Y sin beber...

—Ahora iba a buscar dos vasos más —se excusó ella. Vince sonrió fríamente.

—¿A qué viene esto? —dijo suavemente, tal vez demasiado suavemente—. ¿Qué le pasa a usted?

El llamado Morton se inclinó un poco.

—La chica quiere beber, ¿no lo has oído?

—Largo de aquí, gorila.

—¡No, Vince! —exclamó ella.

Morton se había enderezado igual que si acabara de recibir un golpe. No podía concebir aquel trato, cuando todo el mundo temblaba cuando él levantaba la voz allí dentro.

—¿No te han dicho cómo debes comportarte aquí? —gruñó.

Y al mismo tiempo miró alrededor. Necesitaba público, espectadores que luego contarían sus hazañas.

Y naturalmente, los tenía, cuantos estaban más o menos cerca iban apiñándose expectantes, deseosos de presenciar lo que prometía ser todo un espectáculo.

Vince no se había movido. Miraba el terror reflejarse en la demacrada cara de Delia. Sobre su brazo los dedos de ésta se habían engarfiado igual que una garra. Apenas pudo oír su voz ronca, rota por los sollozos contenidos.

—¡No, Vince! Vete... ¡Vete, por favor! Morton te destrozará... Y... no me darán las ampollas en toda una semana...

—¿Qué estás diciendo?

—Nos castigan —susurró.

—Ya veo.

Se levantó. Morton levantó su manaza y le señaló el mostrador.

—Acércate allí, palurdo, y paga un par de vasos a la señorita —ordenó

—. Y después, lárgate.

—Te has equivocado, gorila —refunfuñó Lombart.

—¿Sí?

El matón se echó a reír con todo su vozarrón. Algunos le hicieron corro.

Ni siquiera vio lo que se le venía encima. Un puño con la fuerza de un ariete se hundió en su vientre y amenazó con salir por la espalda. La carcajada se extinguió mezclada con un aullido de dolor. Empezó a boquear en busca de aire, doblado por la mitad como una navaja, y el

círculo de mirones dio un paso atrás. Aquélla iba a ser una buena pelea.

El ágil cuerpo de Vince apenas se había movido. Estaba erguido, mirando fijamente al matón, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, esperando.

Morton cesó de aullar y comenzó a desenroscarse lentamente, dominando el dolor y las náuseas gracias a su furia asesina.

Durante un breve instante miró a su enemigo. Lo vio allí, al alcance de su mano, elástico y tranquilo. Tenía anchos hombros, pero no podía compararse con él.

—Un golpe de suerte, ¿eh? —refunfuñó.

El puño enorme del matón saltó hacia arriba, buscando el mentón con ansias de triturarlo. Posiblemente lo habría roto, de haber dado en el blanco; pero algo extraño sucedió. La cara que una décima de segundo antes estaba allí, frente a él, había desaparecido y su puño sólo encontró el vacío.

No obstante, sucedieron otras cosas. Impulsado por su propia inercia, se tambaleó adelante. Y entonces, como surgido de la nada, aquel puño que antes le había sacudido con eficacia, se estrelló en su cuello como una explosión y Morton salió volando hacia atrás, manoteando en el aire en busca de un inexistente apoyo.

Sólo se detuvo cuando golpeó el mostrador con su espalda. Fue un buen trastazo que hizo retemblar la barra de punta a punta.

Los mirones no daban crédito a lo que estaban viendo. Jamás había sucedido nada semejante. Presentían grandes acontecimientos. ¿Cómo era posible que un tipo delgado, elegante como un pisaverde, pudiera infringir semejante castigo a aquel hércules?

Por su parte, Morton había aprendido la lección. Ya no le cabía duda de que realmente se había equivocado con aquel entrometido. Delia pagaría por los dos cuando hubiera acabado con el forastero.

Pero lo más urgente era encontrar un resquicio de aire, respirar, ya que su castigada garganta se negaba a admitir el paso del elemento que reclamaban los pulmones. Le pareció que el pecho iba a estallarle. Boqueó como un pez fuera del agua y al fin, tras un dolor agudo como una cuchillada, el aire penetró a raudales y no pudo evitar un largo gemido.

Cuando, tras unos instantes de vacilación, avanzó de nuevo, lo hizo con suma precaución, estudiando a su enemigo, buscando conectarle un golpe definitivo que lo pusiera en sus manos... Lo destrozaría..., haría un escarmiento.

Vince Lombart siguió inmóvil, sus ojos grises clavados en el coloso, aparentemente tranquilo, pero con todos los músculos tensos igual que cables de acero. Poco a poco, iba apoderándose de él una violenta ira al recordar lo que Delia había dicho. Y, de entre todos los hombres

con quienes podía haber tropezado, había tenido que decírselo a él. La vida, a veces, se complace en esta clase de jugarretas...

Entonces se produjo una interrupción. Alguien se abrió paso violentamente por entre el círculo de tensos mirones, y otro gorila semejante a Morton entró en escena.

—¿Qué pasa aquí, Morton? —gruñó el recién llegado.

—Ese niño bonito... quiere jaleo.

Vince estudió al nuevo matón. No le gustó su aspecto. Era más repelente que el otro, y en sus ojos había una chispa de astucia de la cual carecía Morton...

—Un bravucón, ¿eh? —sentenció el nuevo enemigo—. Habrá que enseñarle a comportarse... ¡Tony!

El grito sorprendió incluso a Morton, pero en seguida empezó a reír, enseñando unos dientes rotos y cariados.

Tony llegó de las profundidades del local. Poco más o menos era la tercera edición de los otros dos, brutal y sucio. Pero con una diferencia sobre sus compinches: era frío como un pescado. Sólo con verlo, Lombart lo catalogó como uno de esos individuos carentes de nervios, despiadados como un diablo. Empezó a preocuparse. Detrás de él, acurrucada en la silla, Delia gemía entrecortadamente, presa del terror. Ella sabía lo que le esperaba tan pronto como aquellos criminales terminasen con Vince...

El silencio que había caído sobre la expectante clientela era denso como una masa de algodón.

Morton dio un vistazo a sus dos compinches. Sonrió. Gruñó entre dientes:

—Vamos...

Avanzó flanqueado por los otros dos.

Vince retrocedió hasta encontrar la pared a su espalda. Allí no valía luchar con más o menos nobleza. Esperó con aparente calma, pero vigilando al último agregado, a Tony. No había duda de que era el más peligroso... y también el más astuto. Seguramente dejaría que los primeros que atacaran fueran sus compañeros... así se evitaría los golpes más duros, y cuándo él entrase en lucha, el adversario estaría cansado...

Vince tenía una larga experiencia en esa clase de granujas.

Morton fue el primero en saltar, embistió como un búfalo loco.

Vince saltó también, elevándose pegado a la pared, y su pierna derecha se disparó hacia adelante y arriba. De haber acertado a un balón, éste hubiera llegado a la luna. Pero la punta del zapato se hundió más abajo de la barriga del coloso. Sonó un ruido espeluznante, un apagado plof, que se fundió en un alarido mortal. Morton voló mucho más arriba de lo que se había propuesto y cayó como un fardo inerte sobre Tony, tirándolo hacia atrás.

El segundo matón no pudo detenerse a tiempo. Vince apenas había tocado el suelo con los pies cuando giró como una peonza, con el brazo extendido y la mano plana. El borde de ésta golpeó salvajemente el cuello del atacante, justo en la nuez, con la fuerza duplicada del golpe y del impulso que llevaba con el giro de todo el cuerpo.

La cabeza del gorila se dobló a un lado en un ángulo inverosímil. Ni un gemido salió de sus labios cuando rebotó contra el suelo y quedó allí, inerte por completo.

Tony llegó a tiempo de verlo caer cuando se estaba levantando, después de sacudirse el corpachón de Morton. Una helada sonrisa aleteó en sus labios. Su mano derecha desapareció al instante y volvió a surgir armada de una navaja de resorte. Sonó un chasquido y la aguja saltó fuera de la empuñadura con un relampagueante destello.

—Ahora —dijo—, nos entenderemos tú y yo.

Vince asintió con un leve gesto de cabeza y se apartó de la pared, dejando espacio a su alrededor. Esa era otra clase de lucha. Un extraño reflejo parecía brillar en el fondo de sus ojos, un odio mortal hacia aquella arma, o tal vez evocando otras luchas pasadas...

Tony se acercó, hizo una finta con la navaja... y pegó un salto de costado, estupefacto. Vince no se había movido ni una pulgada.

Precisamente esa inmovilidad era lo que había alarmado al criminal. Él había esperado el inevitable salto de la víctima, lo cual la habría colocado a su merced.

Pero no se había movido.

¿Qué significaba aquello?

Sintió el sudor empaparle el cuerpo. Por primera vez en su vida, se encontraba ante alguien que no parecía temerle a su cuchillo, alguien que ni siquiera parpadeaba cuando él amenazaba con clavárselo en las tripas.

Se lanzó abiertamente al fin. No podía fallar..., el acero se hundiría en el estómago del elegante enemigo...

Todos los espectadores sintieron el estremecimiento de la muerte en sus venas. Aquello era un crimen.

Sin embargo, no sucedió nada de eso. Tony cayó sobre Vince, impulsó la navaja... y el enemigo ya no estaba allí. Jamás llegó a comprenderlo. ¡Había desaparecido!

Su mano impulsaba todavía el arma cuando algo se levantó de debajo de él, bajo su brazo. Una zarpa de hierro se cerró en torno a su muñeca, y al instante el techo bajó en su busca, o él subió al encuentro del techo..., pero no llegó a él. Repentinamente, el techo quedó a un lado y fue la pared la que salió a su encuentro, y ya no se supo nada más, excepto el terrible impacto de su cabeza contra el muro, y el estallido de negrura y la llamarada en su cerebro, y la ola

de silencio infinito que lo envolvió, incluso antes de morir.

En la pared quedó una mancha espeluznante, una mancha que fue deslizándose lentamente hacia el suelo en incontables hilillos rojos.

Vince acabó de erguirse después de la exhibición de judo que acababa de hacer. Miró a su alrededor. Todo el mundo parecía tan inmóvil como estatuas de piedra. No salió ningún matón más.

Entonces miró a Delia. Ella le miraba a él con ojos desorbitados, inmensos, en los que brillaba el terror.

—Vámonos de aquí, Delia —dijo, tomándola de la mano y obligándola a levantarse.

—No, Vince... Me buscarán... no dejarán que escapemos...

—Me encontrarán a mí en todo caso. Vamos.

La empujó hacia la puerta. Los mirones abrieron paso sin despegar los labios, apartándose de la pareja. Nadie intentó tampoco impedirles la marcha.

Se alejaron rápidamente por la callejuela. Delia tenía que apoyarse tanto en él, que casi la llevaba en volandas.

Al desembocar en una calle más ancha y con más luz, Lombart indagó:

—¿Sabes dónde podemos encontrar un taxi por estos alrededores?

—Sí... La segunda a la derecha. Hay una parada.

—Está bien, date prisa.

—Espera, Vince. Déjame...

—No digas tonterías. Esa gente te haría pagar a ti las cabezas rotas.

—Tendré que pagarlo, sea como sea... ¡No hables, Vince! Sé que lo has hecho por mí, creyendo que me ayudabas. Pero no has solucionado nada. Ahora será peor..., me dejarán sin ampollas... Es espantoso..., tú no puedes saber el infierno que eso significa...

—Lo sé.

—¿Tú?

—Sí, Delia. Sé más que tú lo que significa la droga. Pero esa gente no volverá a echarte el guante.

La arrastró tras él y la metió en un taxi casi a la fuerza. Dio una dirección cercana a la redacción del periódico de Billy, y después se dejó caer en el respaldo del asiento.

—Vince...

—¿Sí, pequeña?

—Gracias..., pase lo que pase.

—No te pasará nada. Te curarán y volverás a vivir lejos de aquí.

No volvieron a hablar hasta que el taxi se detuvo. Vince esperó a perderlo de vista antes de tomar el camino del diario. No quería dejar rastro.

Mientras andaban, murmuró:

—Veremos cómo se lo toma el amigo Bill...

Delia le oyó reír suavemente y no supo explicarse lo que experimentó

en aquel instante. Fuese lo que fuese, era algo que no había sentido nunca.

CAPÍTULO VI

Cuando consiguió salir de su asombro, Bill gruñó:

—Resumiendo, que la has armado buena...

—Yo diría que sí. Pero poco importa ahora. ¿Puedes esconder a Delia hasta que yo pueda llevármela?

—Sí... Claro. Pero eso va a traer una tormenta, Vince.

—Soy especialista en esquivar tormentas. ¿Qué puedes hacer por Delia, Bill?

—Se quedará aquí hasta que pueda llevarla a mi casa sin peligro. Nadie sabrá que está allí, no te preocupes. Pero lo que quiero saber es qué infiernos te has propuesto con todo esto.

—Tal vez sacudir el polvo de las posaderas de alguien.

—Tonterías. No podrás hacer nada. Lo bonito sería acabar con los dirigentes del crimen con los hombres que manejan los más importantes negocios, pero que al mismo tiempo obtienen fabulosas ganancias del juego, las drogas y la prostitución..., millones y millones cada año... Pero eso no hay posibilidad alguna de lograrlo por ahora.

—¿Por qué?

—¿No lo comprendes? Nadie sabe quiénes son, aunque algunos lo sospechamos. Pero esos hombres de quienes sospechamos son, actualmente, los más poderosos de Ainsworth. Ninguna investigación sería capaz de prosperar.

—Bueno, tal vez estés equivocado. Oye, a propósito, ¿quién es Tommy Gordon?

Bill pegó un respingo.

—Ahora se llama Thomas Gordon, nada de Tommy...

—Bueno, Thomas, de acuerdo. ¿Quién es?

—El alcalde de Ainsworth.

Lambert abrió la boca asombrado. Pero volvió a cerrarla sin pronunciar palabra. Se limitó a mirar a Delia, que permanecía sentada en un rincón de la oficina en actitud aturdida.

—Y era ése el del principio, ¿verdad, Delia?

—Sí.

—Bien, vas a darme los nombres de todos los demás que tú sepas. Y también los de cuantos tipos conozcas que manejan el negocio desde abajo... Por ejemplo, ¿quién daba órdenes a Morton, Tony y al otro gorila?

—Burton...

—¿Te refieres a Mark Burton? —intervino Bill.

Delia asintió.

—He oído hablar de él. Es el dueño de varios tugurios de la peor fama —explicó el periodista tras un silencio—. Sin embargo, tengo la idea de que actúa como «hombre de paja».

—Seguro. Es la vieja técnica.

El teléfono comenzó a escandalizar, interrumpiendo la conversación. Bill se lo llevó al oído, gruñó su nombre y escuchó. Tras las primeras palabras, se animó visiblemente. Dijo:

—Espera un minuto, tomo nota...

Se quitó el auricular del oído, extrajo una hoja de papel y un bolígrafo, y mientras se sentaba, explicó:

—Es mi informante de sucesos... Dos muertos en El Tropezón... ¡Sí, escucho!

Escribió rápidamente lo que su informante le dictaba. Se disponía a preguntar algo, pero el otro reanudó el dictado vertiginosamente. Bill alzó las cejas sorprendido.

—¿Seguro? —indagó.

Escuchó un poco más. Tomó notas. Al fin recomendó:

—Perfecto. Sigue los dos sucesos desde muy cerca y toma nota de cuanto puedas. Y quiero una fotografía también...

Colgó. Sus ojos duros y brillantes se elevaron en Lombart.

—Total, ¿te has cargado a dos tipos?

—¿Dos?

—Dos. El que se ha estrellado contra la pared y otro que tiene el cuello roto.

—Sí. Le he dado demasiado fuerte.

—Eso debiste pensarlo antes de pegar, muchacho. En buen lío te has metido... Mac Kencie va a andar de coronilla.

—¿Cuál es el segundo de los sucesos? Has dicho dos por teléfono.

—Sí... Otro asesinato. Y por cierto que tú debías conocer también a la víctima. Un tal Hardecker, un bala perdida...

—¿Hardecker? Lo encontré en un bar, anoche... Pero ¿qué diablos sucede? Parece que alguien haya trasladado aquí el Chicago de los años veinte...

—¿Qué es eso de que encuentraste a Hardecker?

Vince le contó el encuentro con el jugador. Al terminar, opinó:

—Puede haberse liado en alguna partida trucada, y si le han descubierto las trampas...

—No lo creo. Mi informante dice que lo mataron en una esquina, desde un coche. Los vecinos oyeron el disparo y llegaron a tiempo de ver escapar el auto. No pudieron tomar la matrícula porque llevaba las luces apagadas.

—¿No te digo? ¡Chicago! El típico asesinato entre gánsters.

—Esta vez, no, Vince le han disparado a quemarropa, desde el coche parado. Después del disparo se han puesto en marcha y desaparecido. Había estado arrimado a la acera.

—Ya veo...

—Mira, tengo que escribir esta información con los datos que tengo...

Eso me llevará tiempo y están a punto de poner en marcha las máquinas, de manera que hablaremos después.

—Espera. Voy a irme a dar una vuelta. Delia se quedará aquí. ¿De acuerdo?

—Naturalmente.

Lamben se acercó a la muchacha. Ella se levantó y fue a su encuentro.

—No vayas por las calles, Vince..., si consiguen identificarte, estás perdido..., yo los conozco...

—Sé perfectamente los riesgos que puedo correr —la atajó él, sonriendo—. Lo que tienes que hacer es redactarme una lista con todos los nombres que te he pedido. Cuando la tengas, Bill la guardará hasta que yo se la pida. ¿Comprendido?

—Sí, Vince...

—Y ahora, escucha, pequeña. Si te sientes muy mal por culpa de ese maldito veneno, resiste todo lo que puedas. En última instancia, avísame por mediación de Bill y trataré de hacer algo por ti. Pero tienes que pensar, por encima de todo, que quieres curarte. ¿Lo harás?

—Sí.

—Buena chica.

Bill le miró muy fijo cuando se le acercó.

—Hay algo en ti que me desconcierta, muchacho —dijo. —¿Sí?

—Está bien, lárgate de aquí. Ella está segura conmigo.

—Perfecto.

No dijo nada más. Abandonó el despacho sin aparentar mucha prisa. En realidad, andaba despacio cuando llegó a la calle, pensando furiosamente en el embrollo en que estaba metido, en Delia..., en Marilyn... y en muchas otras cosas.

*

La reunión no tenía nada de alegre. La preocupación se pintaba en los rostros de todos; en la del ganadero Hobson, en las facciones afiladas de James Hicks, propietario de la mitad de edificios comerciales de Ainsworth. Y lo mismo podía decirse del juez Bronson o de Harry Deems, el más importante propietario de tierras de toda la comarca.

Y, naturalmente, el más preocupado era el capitán Mac Kencie, que fumaba un cigarrillo tras otro, como si tuviera prisa en terminarlos.

El juez Bronson carraspeó, como siempre que se disponía a hablar. Todas las cabezas se volvieron hacia él.

—Antes de tomar una determinación —dijo—, debemos calcular cuidadosamente las repercusiones que esto puede tener en la opinión pública.

La cara, de acusadas facciones hebreas, de James Hicks, se afiló un poco más. Habló con marcado sarcasmo.

—Nunca le ha preocupado a usted la opinión, juez. Y a ninguno de nosotros, ya que estamos en eso.

—Cierto —retrucó el aludido—. Pero no podemos olvidar que necesitamos esa opinión «ahora» para llevar a Stamford hasta la capital. Si se desencadena un escándalo contra un familiar suyo, con el que públicamente ha demostrado su aprecio en absurda reconciliación, la gente puede echarse atrás.

—Si vamos a eso —opinó Hobson—, también puede suceder lo mismo si el escándalo nos alcanza a cualquiera de nosotros. La gente sabe perfectamente que somos quienes apoyamos a Stamford.

—No hay ninguna necesidad de sacar las cosas de quicio, señores —refunfuñó Mac Kencie—. Hasta ahora, nadie, excepto nosotros, ha identificado al hombre que liquidó a esos matones. Lo único que un par de testigos han dicho es que oyeron a esa mujerzuela llamarlo Vince, y con sus descripciones, «nosotros» sabemos de quién se trata, pero no ellos. ¿Está claro?

—Pero pueden llegar a saberlo, ¿no?

—¿Por qué? Si echamos tierra al asunto, en un par de días nadie se acuerda de este suceso. Afortunadamente, dos facinerosos de taberna no son gente importante.

El juez se removi6. Nuevo carraspeo.

—¿Quién nos asegura que ese tipo no armará otro escándalo? —preguntó.

—Según él mismo ha dicho a su hermano, se marcha por la mañana. Dejemos que se vaya y asunto terminado —decidió Mac Kencie.

Pero el juez no lo veía tan claro.

—¿Y la chica? —preguntó.

Mac Kencie se disponía a replicar cuando se abrió la puerta y entró un nuevo personaje.

—No he podido llegar antes —dijo el recién llegado—. Estaba acostado ya cuando he recibido el aviso.

—Siéntese, Gordon —indicó Hobson—. Ya le he puesto al corriente de lo que sucede. ¿Qué opina usted?

En lugar de contestar, el alcalde gruñó:

—¿Qué opina Stamford? Después de todo se trata de su hermanastro. Hobson esbozó un ademán de fastidio.

—Stamford opinará lo que nosotros decidamos, ya lo sabe usted. Es más, en este asunto no podemos dejarle ninguna iniciativa. Odia mortalmente a Lombart, y no nos interesa jaleo con las elecciones en puertas.

El juez volvió a la carga tras el correspondiente carraspeo.

—Repito mi pregunta, Mac Kencie. ¿Y la chica, qué? El alcalde gruñó.

—¿Qué demonios es eso de la chica?

—Lombard se la ha llevado del tugurio. La pelea ha sido a causa de ella.

Se intercambiaron algunas miradas. El alcalde dejó asomar su brusco

carácter.

—Bueno, ¿a qué tantas reticencias? Parecen ustedes conspiradores baratos. ¿Qué pasa con esa chica? Si se la ha llevado, y él se marcha mañana, buen viaje. ¡Que se vayan al infierno!

—Esa muchacha —dijo Mac Kencie suavemente—, es Delia Orchard, Thomas.

El alcalde pegó un brinco en la silla donde se había dejado caer. Todo asomo de color desapareció de sus mofletudas mejillas. Boqueó, pero la voz no acudió a su llamada, y los demás comprendieron que la cosa iba a ser más grave de lo que habían creído.

—¡Delia...! —balbució al fin Gordon.

—Sí, alcalde..., nuestra amiguita Delia... y suya en particular...

La voz meliflua del judío James Hicks atrajo sobre sí la febril mirada de Thomas Gordon.

—Si todo lo que tiene que decir es tan estúpido como eso —bramó—, será mejor que cierre la boca, Hicks.

Este se limitó a sonreír.

Mac Kencie murmuró:

—Examinemos el problema por partes, ¿quieren? Nada se consigue perdiendo los estribos. En primer lugar, tenemos que liquidar el incidente de El Tropezón, cerrarlo, dejarlo muerto para acallar posibles críticas. ¿Estamos de acuerdo?

Todos asintieron. El capitán sonrió.

—Tenemos a un tipo, un cabeza loca, un bala perdida, jugador y pendenciero, al que esta noche alguien ha matado de un tiro: Hardecker. Ya les he informado de eso.

—¿Y qué? —gruñó el juez.

—Es la solución —afirmó Mac Kencie con una sonrisa.

—Explícate —murmuró Hobson.

—El hombre que peleó con los bravucones de El Tropezón fue Hardecker. Su muerte ha sido la represalia de los «desconocidos» amigos de los muertos. No tenemos ninguna necesidad de publicar fotografías de Hardecker. Y, naturalmente —añadió, burlón—, las autoridades buscan a esos desconocidos criminales y poseen ya importantes pistas. ¿Está claro?

Reinó un silencio. Se cambiaron miradas sorprendidas entre los reunidos. Finalmente, el alcalde gruñó:

—Que me aspen si no es una magnífica idea.

. —Podemos hacerlo —opinó el juez.

Los demás asintieron también, aliviados.

Mac Kencie no perdió el tiempo.

—Muy bien, asunto resuelto. Queda Delia Orchard, y eso merece atención preferente. ¿Qué se hace con ella?

—¿No tiene usted alguna idea al respecto, también? —gruñó Gordon.

Mac Kencie no respondió. Encendió otro cigarrillo y pareció que saboreaba el silencio que se había hecho en el despacho. Nadie tenía deseos de expresar en palabras lo que pensaba.

Al cabo de cierto tiempo, Hicks, el judío propietario de incontables inmuebles, gruñó:

—Todos estamos pensando lo mismo si no me equivoco. ¿Nadie tiene el estómago suficiente para proponerlo claramente?

Nadie respondió. Mac Kencie sonrió y siguió fumando. Thomas Gordon refunfuñó:

—Vamos, Mac Kencie... debes tener algún proyecto también a este respecto.

—No es tan fácil de solucionar como lo otro —dijo el policía cachazudamente—. Es necesario comprender muy bien los antecedentes y los riesgos.

—Sin discursos, capitán —gruñó el juez, olvidándose de su infalible carraspeo gracias al nerviosismo.

—Me gustan los discursos. Y me gustan todavía más cuando soy el único con «riñones» suficientes para decir en ellos lo que los demás no se atreven a exponer.

Los miró uno a uno, desafiante y burlón. Notó cómo las miradas de los otros esquivaban la suya y siguió sonriendo.

Hasta que Gordon dijo con voz temblorosa:

—De acuerdo. Sigue con tu discurso...

—Bien, para empezar... ¿qué podemos perder si esa mujerzuela siente deseos de redimirse? —Al ver que nadie replicaba, prosiguió—: Aparte de sentar un precedente nefasto entre todas las demás, si no hacemos un escarmiento, Delia posee unos conocimientos sobre lo que ocurre en la ciudad, que pueden ser fatales para todos nosotros. Diré más: Pueden dar al traste con nuestros planes futuros relativos a Stamford y su campaña. ¿Estamos de acuerdo?

Todos asintieron en silencio. Mac Kencie miró al alcalde.

—En parte debemos agradecer a nuestro amigo y socio, Gordon, lo que ha sucedido. Y no se ponga bravo —añadió secamente al ver el gesto de protesta del aludido—. No tenía ninguna necesidad de degradar a esa mujer hasta semejantes extremos. Tiene dinero suficiente para haberla instalado bien, fuera de la ciudad. Haber dejado que ella misma siguiera su camino... hasta volverse loca con la heroína, o pegándose un tiro el día menos pensado. Pero cuidando de que siempre hubiese tenido dinero suficiente para vivir y comprar su veneno. Después de todo, ese dinero hubiera vuelto a nosotros, ¿no es así? Su sadismo nos trae ahora esas complicaciones.

—O eso —gruñó Hicks fríamente—, o haberla hecho desaparecer al principio, cuando dejó de sernos útil en grande.

—Estamos de acuerdo —añadió Mac Kencie—. Pero en ningún caso

obligarla a degradarse por el solo placer de verlo. Si la hubiésemos hecho desaparecer al principio, como ha dicho Hicks, nos hubiéramos ahorrado al tener que hacerlo ahora, con las consiguientes dificultades.

Nadie habló, tensos. Al fin se había dicho en palabras lo que todos pensaban.

Hasta que el capitán gruñó:

—¿Alguna objeción?

Las cabezas oscilaron de un lado a otro.

No.

—Está bien. Tomaré las medidas necesarias para que Delia no pueda salir de la ciudad —aseguró el policía—. Lombard tendrá que irse solo.

—Primero tendrás que localizar a esa mujerzuela —dijo el alcalde entre dientes.

—Donde esté Lombard, estará ella.

—¿Y qué piensas hacer con él?

—Nada... Para mí es como si tuviera un seguro de vida por un millón de dólares, y yo fuera la compañía aseguradora. Vida eterna —rió Mac Kencie, levantándose. Y añadió—: Después de todo, lo que está en peligro si perdemos la cabeza es algo que equivale a varios millones.

Salió de la estancia sin despedirse de nadie. Los que quedaron guardaron un tenso silencio durante unos momentos. Después, Gordon refunfuñó:

—Opino que le damos demasiada autonomía...

Hicks rió.

—¿Por qué? Nos saca de todos los apuros que se nos presentan.

—Pero debería ser más explícito... ¿Cómo sabemos lo que se propone hacer?

—¿Estás seguro de que deseas saber qué va hacer? —retrucó Hobson

—. ¿De veras deseas enterarte de cómo planea un asesinato, de quién lo lleva a cabo y cómo? Por mi parte, prefiero ignorarlo y estoy seguro que los demás piensan como yo.

Thomas Gordon acabó por encogerse de hombros. Estaba muy pálido, pero no por lo que entre ellos habían decidido. Matar a una pobre mujer embrutecida por las drogas que ellos mismos le facilitaban, hundida en una vida sucia y terrible, no le importaba. Lo importante era que ella, aquella mujerzuela, les obligaba a tomar semejante decisión, ensuciar sus cerebros con ideas de asesinato...

CAPÍTULO VII

Vince entró en su hotel y se detuvo frente al recepcionista nocturno. Era un muchacho de cara pecosa y ojos vivos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Jimmy, señor Lombart.

—Está bien, Jimmy... Me pregunto si puedo confiar en ti.

El muchacho pegó un respingo.

—¡Naturalmente que sí! —exclamó—. Siento mucho aprecio por usted...

—¿Por qué?

Se turbó.

—Bueno... Mi padre hablaba muchas veces de usted..., de cuando vivía aquí, y... y él despreciaba al señor Stamford. Papá siempre decía que usted se había marchado porque era demasiado bueno para un pueblucho como era entonces Ainsworth. Él decía que se fue para no matar a su hermanastro...

—Ya veo... —Vince sonrió. Empezaba a comprender lo que Bill quería decir cuando hablaba de su leyenda—. Bien, Jimmy, ¿quieres ganarte diez dólares?

—¡Ya lo creo!

—Pues empieza a llamar por teléfono a todos los hoteles de segunda categoría y pregunta si se aloja en ellos un tipo llamado Hardecker. Cuando lo localices, entérate también de qué habitación ocupa. ¿Comprendido?

—Perfecto, señor Lombart, pero ¿por qué sólo los de segunda categoría?

—Porque en los de primera no permiten organizar partidas trucadas, y los de tercera no alojan huéspedes con dinero suficiente para tomar parte en esas partidas...

Jimmy sonrió de oreja a oreja.

—Lo que sabe usted —exclamó—. Ya decía mi padre que...

—Al trabajo, Jimmy. Subo un momento a mi habitación. Cuando baje tienes que haberlo conseguido.

—Okay.

Mientras Vince se alejaba escuchó ya la primera de las llamadas. Mientras subía la escalera iba pensando que, en ocasiones, el destino se complace en enredar los hilos de la vida, de tal manera que para deshacer después los nudos es preciso un verdadero cataclismo...

O tal vez no fuera el destino. Quizá fuera cosa de aquel Dios al que de niño le habían enseñado a rezar y que después había olvidado.

Una de esas fuerzas debía haber llevado a Crisby a Nueva York, con el solo objeto de encontrarse con él, y obligarle así a volver a Ainsworth. Tenía que ser él quien se encontrase envuelto en un sórdido asunto,

tal vez el más sórdido de cuantos había visto... o manejado... En su habitación no perdió tiempo. Sacó la maleta, luchó de nuevo con la cerradura, y cuando la abrió, contempló un instante lo que había ido a buscar. Después lo sacó.

Era un revólver calibre 45, pero de cañón corto, apenas pulgada y media, brillante y cuidado. Hizo una mueca. No le gustaban las armas, pero hay veces en que resulten imprescindibles.

Comprobó rápidamente la carga, tomó una funda de cuero y la sujetó a su cinturón, en el lado izquierdo del cuerpo. Metió el revólver en su funda y se abrochó la chaqueta. Ese era el inconveniente, tener que llevar la americana cuidadosamente abrochada, con aquel calor...

Bien, listo para la batalla, pensó.

Cuando llegó al vestíbulo, Jimmy estaba esperándole radiante de satisfacción.

—¡Ya lo tengo, señor Lombard! —exclamó, tendiéndole un papel con unas anotaciones—. Ha sido muy fácil... No vale diez dólares, tratándose de usted.

Vince colocó dos billetes de cinco sobre el mostrador.

—No obstante —dijo—, guárdatelos y lleva a tu chica de paseo. Y ahora necesito algo más, Jimmy.

—Lo que quiera.

—Tu llave maestra.

El muchacho no pudo evitar un sobresalto.

—¿Mi llave maestra? —balbució.

—Eso es. Tengo la esperanza de que me sirva también en ese hotel de Hardecker.

—Pero... no comprendo...

—Quiero registrar esa habitación, Jimmy... Es muy importante. Por eso te he preguntado antes si podía confiar en ti.

Eso barrió toda vacilación.

—De acuerdo...

Jimmy abrió un cajón, tomó una llave y se la entregó a su ídolo.

Antes de marchar, le recomendó:

—Si alguien pregunta por mí, no me has visto en toda la noche. ¿De acuerdo también?

Jimmy sonrió.

—Perfecto —dijo.

Contempló cómo Vince Lombard abandonaba el hotel y se quedó apoyado de codos sobre el mostrador, la cabeza sostenida con sus manos y la imaginación galopándole a toda velocidad. En su mente juvenil identificaba a aquel hombre con los héroes de las historias ilustradas, de los relatos de televisión... Un espía quizá, o tal vez un agente secreto tras las huellas de un enemigo público...

Sus sueños fueron rotos abruptamente por la llegada del capitán Mac

Kencie y su inseparable sargento Mooreland. Los dos policías se plantaron ante el mostrador de recepción. Jimmy se enderezó.

—¿Está el señor Lombart en su habitación? —preguntó el capitán.

Jimmy disimuló su sobresalto de manera perfecta.

—No, capitán. No lo he visto desde que ha salido por la tarde,

—¿Estás seguro?

—Naturalmente.

El muchacho sorprendió la mirada que se cruzó entre los dos policías y no le gustó. Había oído contar ciertas historias sobre el capitán Mac Kencie. Historias de brutalidades.

—Está bien —decidió Mac Kencie—. Usted se quedará aquí, sargento, y tan pronto llegue Lombart ya sabe qué ha de hacer. Y si no viene solo... En fin ya sabe.

No esperó el asentimiento de su subordinado. Giró marcialmente sobre sus talones y abandonó el hotel con pasos firmes y rápidos.

Jimmy contempló al sargento como escogía la butaca más cómoda del vestíbulo y se acomodaba en ella, dispuesto a matar las horas con ayuda del tabaco.

En su fuero interno, Jimmy maldijo cordialmente a los policías: Después buscó la página ilustrada del periódico y se sumergió en su lectura, como de costumbre.

*

Tan pronto cerró la puerta a sus espaldas, Vince encendió una diminuta linterna eléctrica y paseó el rayo de luz a su alrededor. Vio la clásica habitación de un hotel de segunda categoría, cómoda, pero carente de lujos. Pensó que tenía que apresurarse. Tan pronto como la policía localizase el domicilio donde había vivido Hardecker harían lo mismo que estaba haciendo él. Y si le sorprendían...

Inició un metódico registro. Sus manos tenían una habilidad especial en hacerlo sin dejar el menor rastro de desorden. En algunos lugares sólo deslizaba las sensitivas puntas de sus dedos, como si a través de ese suave contacto pudiera captar lo que podía haber oculto.

El armario, los cajones de una mesa adosada a un rincón, las dos grandes maletas; y todos los pliegues y recovecos de las ropas de cama.

Cuando se inmovilizó, en medio del cuarto, no había encontrado nada de interés. Sin embargo, tampoco había hallado lo que era lógico esperar que hubiera allí. Ni documentos, ni facturas, ni dinero... nada personal que hubiese pertenecido al asesinado Hardecker. Ni siquiera en los bolsillos de los dos trajes colgados en el armario había absolutamente nada.

Pensativo, se dijo que tal vez él estuviese equivocado en sus cálculos. Quizá aquel asesinato fuera, después de todo, un simple ajuste de cuentas. No obstante, se resistía a creerlo. ¿Por qué un ajuste de

cuentas en Ainsworth, donde Hardecker estaba de paso? De tener cuentas pendientes las tendría en Los Ángeles, su lugar de residencia habitual.

Volvió a dedicar su atención al armario. Nada tampoco.

Soltó un juramento a media voz. ¿Estaría perdiendo facultades?

Finalmente, su mirada cayó de nuevo sobre las dos maletas. Despacio, las examinó, esta vez de más cerca y con redoblada atención. Llegó un momento en que se detuvo, expectante. Pasó simultáneamente los dedos por ambos lados del fondo interior y el exterior. Apretó, acarició materialmente el cuero y al fin dejó escapar un suspiro de satisfacción.

Allí estaba.

Un delgado, finísimo doble fondo.

Buscó algo con que abrirlo. Debía haber una manera de hacerlo sin estropear la maleta, pero requeriría demasiado tiempo hallar el truco.

Cortó el hilo que cosía exteriormente la piel y después la desgarró. El doble fondo quedó a la vista, y, al sacudirlo, del interior cayeron dos sobres. Se apoderó de ellos, pero cuando se disponía a cerrar la maleta y meterla en el armario, una llave se introdujo en la cerradura. Un murmullo de voces le llegó procedente del pasillo.

Pegó un salto y corrió hacia el cuarto de baño. Había una pequeña ventana y no perdió tiempo. Se encaramó, y estaba saliendo por ella y cuando oyó una voz recia que gruñía:

—Ustedes dos hagan un inventario de todo lo que haya pertenecido a Hardecker...

No escuchó más. En cuanto descubriesen la maleta desgarrada se armaría un buen lío.

Se encontró encaramado sobre una comisa en la que apenas podía poner los pies ladeados. Bajo él, la oscuridad de un callejón posterior, cinco pisos más abajo.

Empezó a deslizarse hacia la izquierda con sumo cuidado, apoyando las manos en la pared como si quisiera hacerlas servir de ventosas...

Pasó otra ventanilla idéntica a aquella por la que había escapado. Siguió deslizándose en silencio, envuelto en la oscuridad, hasta que tras sus manos halló un hueco. Se inmovilizó, tanteando con cuidado. Ladeando la cabeza, pudo descubrir una ventana grande, de guillotina. «Una habitación de las que hacen esquina», pensó. Si estaba ocupada iba a armarse un buen escándalo.

Con suma lentitud fufe agachándose para poder llegar con las manos a la parte inferior de la ventana. Lo estaba consiguiendo cuando se oyeron voces excitadas procedentes del lugar de donde venía.

Bien, ya habían descubierto la maleta, pero no podían saber si el asalto había sido hacía sólo un instante, o durante el día... No obstante, los policías se asomaban por la ventanilla del cuarto de

baño, en un intento de atravesar las sombras de la noche.

Consiguió abrir la ventana sin dificultad, y un minuto después, tras no pocas contorsiones, se encontró sobre el suelo de aquella habitación. Jadeaba como un fuelle.

El dedo luminoso de su pequeña linterna barrió lo muebles, el armario y la cama. Y se detuvo allí un instante, el justo para descubrir la figura que dormía plácidamente, y después se apagó.

Si aquel hombre despertaba habría que obligarle a callar... Empuñó el revólver y anduvo hacia la puerta tratando de no armar barullo. Lo consiguió también. Sonrió. La suerte estaba de su parte.

El pasillo estaba desierto. Examinó su aspecto, sacudió el polvo de los pantalones y se consideró seguro. Un huésped que sale a alegrarse un poco a hora avanzada de la noche...

Se alejó, bajó las escaleras y salió a la calle sin tropiezo alguno. El coche de la policía estaba aparcado frente a la puerta. Había un soñoliento policía sentado ante el volante, pero ni siquiera le dirigió la mirada.

Acarició el bolsillo donde llevaba el botín. Sonrió. Una noche muy bien aprovechada... demasiado aprovechada para algunos.

Anduvo hasta la calle Mayor dominando sus deseos por ver el contenido de los sobres. Se mezcló entre la gente, ya escasa, a pesar de que con la excusa de la Feria los bares estaban abiertos toda la noche, y lo mismo podía decirse de los cabarets. Tampoco encontró oportunidad para abrir los sobres. Cualquiera podía verle, y estaba acostumbrado a obrar con suma prudencia.

Entró en un bar, pidió unos bocadillos y cerveza, y se entretuvo en pulir sus teorías sobre lo que había estado pensando respecto a Delia y su problema.

Finalmente, cuando se disponía a abandonar el bar, pensó también en la repercusión que la muerte de los dos matones podría traer... y decidió tomar algunas precauciones adicionales. Volvió atrás y entró en la cabina telefónica para llamar a su hotel.

Cuando reconoció la voz de Jimmy habló lentamente para que el muchacho entendiera cada una de sus palabras:

—Escucha, Jimmy —dijo—. Te habla Lombart. Dime si ha venido la policía preguntando por mí.

—Sí —respondió el recepcionista tras una vacilación.

—¡Ajá! ¿No ha venido nadie más por el mismo motivo?

—No, señor...

—Bueno. ¿Han dicho los policías cuándo volverían?

Hubo un silencio. Después Jimmy, murmuró:

—Sí y no, señor.

—¿Cómo? —arrugó el entrecejo, tratando de comprender. Al fin creyó hallar la solución—. Escucha, Jimmy..., ¿quieres decir que los policías

están ahí todavía?

—Eso es —pudo captar el suspiro de alivio del empleado.

—¿No piensan marcharse en toda la noche?

—Tiene usted razón, señor.

—Comprendo. Y al juzgar por tus respuestas, ellos pueden oír lo que tú hablas. ¿No es así?

—Perfectamente, señor.

Vince sonrió para sí.

—Pues tendrán que esperar un buen rato, chico —dijo.

Colgó el aparato y permaneció unos instantes pensativo. ¿Para qué le buscaban, por la lucha o...?

Salió a la calle. Pero se detuvo y soltó una maldición en voz baja. Si los policías habían extendido su red para pescarle, habrían buscado en todos los lugares donde él pudiera estar, entre ellos, junto a sus amigos.

Bill Turner.

Retrocedió de nuevo hacia el teléfono y llamó a la redacción del periódico. No pudo ocultar su alivio cuando oyó la voz de su amigo.

—Escucha, Bill —dijo—. Tengo a la policía apostada en el hotel, esperándome. ¿Te han molestado a ti?

—¡Ya lo creo! Mac Kencie me ha advertido muy amistosamente que, si te veo, debo decirte que te pongas en contacto con él.

—Bueno, ya me lo has dicho. Supongo que no habrá visto a Delia.

—No te preocupes. Delia está a salvo en mi casa. Y tú puedes refugiarte allí si quieres. Aunque, a juzgar por la actitud de Mac Kencie, no hay ninguna acusación contra ti. Sólo desea verte.

—Seguro. Y comprobar si Delia está conmigo. Tengo la impresión de que esa muchacha inquieta a alguien ya... Bueno, hay algo más, Bill. ¿Puedo ir ahora a tu despacho?

—No. Pueden haber dejado a alguien por los alrededores.

—¿Dónde podemos vernos?

—Te recogeré en la plaza de la estación dentro de media hora. Allí podrás ver sin dificultad si alguien me sigue... o si te siguen a ti.

—Okay, Bill. Y gracias por todo.

—No digas tonterías...

—Si no nos siguen, Bill, quiero que me lleves junto a Delia. Quiero hablar con ella, ¿de acuerdo?

—Sí, pero supongo que podremos dormir, aunque sólo sea lo justo para engañar al cuerpo.

—No lo sé. Quiero ir a Telégrafos también. No te retrases.

—Empiezo a creer que has encontrado algo importante, Vince...

—Veremos.

Colgó, y esta vez sí se alejó del bar en dirección a la plaza indicada por el periodista.

Sin embargo, la impaciencia le consumía. Los dedos se le iban solos a los bolsillos en que llevaba los sobres, de manera que acabó por meterse en una calle lateral y, bajo un farol, sacó el primero de ellos. Sacó su contenido... y se quedó mirándolo sin comprender.

Era una fotografía de una muchacha de excepcional belleza.

¿A quién le recordaba aquella cara?

Estaba seguro de que la había visto... la conocía...

—¡Al fin! —exclamó, cuando el recuerdo penetró en su mente como un rayo—. ¡Hilda Main!

Su cerebro dio un salto de diez años... Hilda, la hermosa reina del grupo..., la más bonita... ¿Por qué Hardecker guardaba su fotografía tan celosamente?

Miró el dorso de la fotografía. Había el número del cliché bajo el nombre del fotógrafo. Y, más abajo, la fecha: marzo de 1970.

Instintivamente, guardó la fotografía mientras intentaba comprender por qué, si Hardecker no era más que un tahúr tramposo, tenía tanto interés por aquella fotografía...

El segundo sobre le proporcionó otra sorpresa, más viva si cabe que la anterior. Encontró una serie de documentos y el primero que saltó a sus ojos fue la tarjeta de circulación de un coche, un «Oldsmobile», matrícula 979 M 19, correspondiente al año 1970 también, y propiedad de King Stamford.

Vince contuvo el aliento. ¿Qué significaba aquello?

Siguió examinando los demás documentos. Todos eran relativos al mismo coche, y el último de ellos correspondía a una póliza de seguro suscrita con Mutual Security.

Con todo aquello en la mano, Lombart dejó pasar el tiempo, reflexionando a toda presión.

Al fin recordó la cita con Bill. Guardó todo apresuradamente y reanudó la marcha, esta vez andando a buen paso.

CAPÍTULO VIII

Vince abrió los ojos, a la mañana siguiente, y se encontró con Bill al pie de la cama.

—¿Qué pasa, muchacho? —balbució, adormilado todavía.

—Acaba de estar aquí la policía, Vince. Querían asegurarse de que te entregaría si te acercabas a mí.

—Parece que han cambiado las cosas, ¿eh?

—Sí, no están nada tranquilos. Empiezas a inquietarles...

—¿Y Delia?

—En el baño.

—Bien, Bill. Antes de quedar dormido estuve pensando mucho tiempo en todo este embrollo.

—¿Has encontrado una explicación para esos documentos de tu hermanastro?

—La encontraré. Escucha, ¿podría ser Hardecker el hombre con el cual huyó Hilda?

—Pues no creo... Dijeron que fue un actor, uno de esos cómicos de la legua. Espera que recuerde... Fue en el año setenta, naturalmente..., y Hardecker se marchó mucho después.

—Estás equivocado, Hardecker era mayor que yo..., abandonó el pueblo un año antes de hacerlo yo.

—Pero regresó después. Intentó montar un bar, pero le fue mal. Después trabajó en algunas cosas y al fin se cansó. Un día cualquiera desapareció y... hasta ahora.

—Comprendo... Bien, Bill, vas a trabajar para mí esta mañana.

—¿Sí?

—Escribirás un reportaje sobre el número de accidentes de coche. Una especie de estadística con el porcentaje de aumento anual de siniestros de carretera. Después...

—Un momento —le atajó Bill, estupefacto—. ¿Para qué diablos voy a escribir? Nadie lee esas tonterías de estadísticas.

—Ya lo sé. No es necesario que las publiques. Pero te presentarás en la Mutual Security en busca de datos. Entre esos datos, indagarás qué le sucedió a ese coche cuya documentación encontré.

—Ya veo, ¿y después?

—¿Tienes ahí esa lista de Delia?

—Sí.

—Guárdala. No quiero que si Mac Kencie me echa el guante pueda encontrármela a mí. De todas formas, la sé de memoria.

—Bueno, muchacho; si has acabado de dar órdenes, dime ahora adónde mandaste los telegramas.

Vince sonrió.

—Secreto de Estado —rió—. No te preocupes por eso. ¿Dónde tienes

el teléfono?

—Ahí, en la salita. ¿Piensas salir de aquí hoy?

—Naturalmente. ¿Por qué?

—Hay un vigilante en la calle. Poli.

—¡Ajá! Era de esperar. Bien, ¿no hay salida trasera?

—Sí, pero no serán tan idiotas de no haberlo previsto. Habrá también algún perro guardián...

—Malo...

Vince se acercó al teléfono y marcó el número del hotel. La voz que respondió no era ya la de Jimmy, por lo que se limitó a preguntar:

—Habla Lombard. ¿Hay algún recado para mí?

—No, señor... Una señorita ha estado llamándole insistentemente esta mañana.

—¿Le ha dicho Jimmy cómo debe responder?

—Sí, señor.

Escuchó la risita del recepcionista de día.

—Gracias, amigo —dijo—. Y ahora veamos. ¿Quién es esa mujer que ha llamado?

—No ha dado su nombre. Ha dicho que llamaría más tarde, pero insistía en saber si teníamos noticias de usted.

—Bueno, si llama que deje el nombre. ¿Sigue ahí la policía?

—Sí, señor. Con sus relevos y todo, como en la guerra —rió el empleado.

—De acuerdo. Gracias por todo. Ya nos veremos.

Colgó y murmuró, como hablando para sí:

—Me gustaría saber dónde encaja el asesinato de Crisby en todo esto...

—¿Qué te hace suponer que está relacionado?

—Llámallo corazonada si quieres. Quien sea que lo mató, no fue para robarle, sino para impedirle una de estas dos cosas: o hablar de algo determinado o cerrar el trato conmigo. No hay otra explicación.

—Lo primero me parece más acertado.

—Veremos... Tengo que salir de aquí, Bill. Si sólo hay un vigilante podré esquivarlo con facilidad, pero si hay más de uno...

—Yo no he visto más que uno. Pero si esperas esquivarlo con tanta facilidad como dices, será mejor que dejes de soñar. Esos tipos están entrenados como perros de muestra.

—¿Quién te ha dicho que yo no lo estoy también?

Bill parpadeó.

—Otra de tus sorpresas, ¿eh? O eres un farsante, amigo, o escondes algo que no acierto a comprender.

—Ya lo comprenderás. Date prisa con la compañía de seguros. Nos encontraremos aquí dentro de... ¿te parece bien dos horas?

—Es suficiente. Aprovecharé para llegar hasta el periódico.

—Muy bien. Lárgate ahora.

—Suerte.

Al volverse descubrió a Delia en el quicio de la puerta interior. Sus manos temblaban y sus ojos tenían un brillo febril, agitado. Se apoyaba en la pared para sostenerse sin que se notara la vacilación de sus piernas.

Se miraron un instante. Después, Lombard se acercó a ella y habló suavemente:

—¿Es muy doloroso, pequeña?

—Vince... No puedo más. Es un infierno. Todo es preferible a esto.

—Ten un poco más de aguante, Delia. A mi regreso te traeré una ampolla. Lo suficiente para calmarte.

—¿Tú?

Él sonrió.

—La encontraré, no te preocupes. Y, si todo sale como espero, mañana estarás en manos de los médicos.

—¡Oh, Vince! Si pudiera seguir esa cura...

—¿Por qué no? He visto adictos peores que tú y han conseguido rehacer su vida. Ten esperanza, Delia.

—La tengo desde que estoy contigo. Pero no puedo renunciar a eso de golpe... por favor... ¡Por favor! Tráeme un poco... por poco que sea...

—Lo tendrás. Y ahora recuerda que no debes acercarte a ninguna ventana. Nadie debe sospechar que estás aquí. ¿Prometido?

—Sí. Voy a meterme en la cama. Las piernas no me sostienen...

Con una sonrisa, Vince se inclinó y le dio un rápido beso. Después dijo:

—Buena chica.

Se dirigió a la puerta, pero ella le llamó:

—Vince...

—¿Sí?

—¿De veras no te repugno?

—No, ¿por qué tendría que sentir repugnancia?

Delia no pudo responder. Ahogó los sollozos y desapareció en su dormitorio.

Turbado, sintiendo una extraña ternura, Lombard miró la puerta por donde ella acababa de desaparecer, y al fin sonrió. Pero la sonrisa se heló en sus labios cuando pensó en los responsables de que la muchacha estuviera convertida en una ruina. Tendrían que pagar por aquella infamia, y por tantas otras como habían cometido.

Descubrió al policía de paisano tan pronto pisó la acera. Por la manera que aquel tipo actuó, comprendió que estaba solo.

Anduvo tranquilamente calle abajo sin preocuparse del otro. Estaba seguro de que iba detrás de él como un perrito. Ya le daría su sorpresa.

Y se la dio en una esquina. Dobló en el momento en que un taxi lo hacía también. El taxi iba ocupado, pero confió en que su perseguidor no lo habría advertido. Rápidamente entró en el primer portal que halló a mano y se incrustó en la pared, allí donde menos llegaba la luz.

Pudo ver a su perseguidor cómo pasaba corriendo, atolondrado, y finalmente oyó sus gritos llamando a un taxi. Cuando se asomó, el policía se alejaba en un coche a toda velocidad. Había creído que él también había tomado uno, el otro que había doblado antes.

Riendo entre dientes, tomó el camino del despacho del abogado de Crisby.

* * *

Se encontró ante un hombre de mediana edad, amable, y que inmediatamente comenzó a expresarle cuánto sentía aquella desgracia. Tuvo que interrumpirle para ir directo al asunto que le interesaba.

—Quiero saber si alguien, aparte de Crisby, se había interesado en el proyecto de hotel. Tal vez Crisby le habló a usted de algo así...

—No, nunca me dijo nada de eso. Que yo sepa, era él el único interesado en semejante proyecto... Tenía una gran ilusión para llevarlo a cabo.

—¿No puede recordar algún hecho insólito, relacionado con esa operación? Aunque aparentemente no tenga nada que ver, pero que en su momento le llamase la atención...

—No, señor Lombart. Todo se desarrollaba normalmente y...

Se interrumpió repentinamente. Algo brilló en el fondo de sus ojos que obligó a Vince a enderezarse, esperanzado.

—¿Se le ocurre algo?

—Pues sí... aunque no creo que sea importante.

—Yo decidiré eso, por favor.

—Sí; bien... se da el caso de que me llamó un reportero.

—Perdón. ¿Cuándo le llamó?

—A ver, espere... Sí, fue el día en que Crisby estuvo aquí dándome prisa... el día que llegó usted.

—El día que murió. ¿Es eso?

—Bien..., sí, aunque él murió por la noche. Ese reportero me dijo por teléfono que pensaba escribir un artículo sobre ese proyecto de Crisby. Me pidió datos del mismo.

—¿Por qué no se los pidió a Crisby?

—Pues no me lo dijo. Ni yo acerté a preguntárselo. En fin, le conté cuál era el proyecto en principio. Debía tener mucha prisa, porque apenas si me escuchó hasta el final. Tan pronto le hablé del lago colgó. Y, si puedo decirlo, fue muy descortés, ya que ni siquiera me dio las gracias.

—Los hay así...

El cerebro de Lombart estaba funcionando a velocidad de vértigo. El silencio duró un par de minutos, hasta que fue roto por el abogado.

—¿Le parece importante, señor Lombart?

Este sonrió.

—Creo que era cuanto necesitaba saber, señor Tucson. Ha sido usted muy amable.

Se escabulló del despacho antes que el otro pudiera hacerle ninguna pregunta más.

¡Ya lo creo que era importante! Iba pensando mientras llamaba a un taxi.

Le dio al chófer la dirección de King Stamford y se recostó contra el respaldo del asiento. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos para concentrarse en lo que acababa de saber, su imaginación galopaba y se desbocaba, adelantándose al taxi y volando sobre el espacio y la distancia, poniéndole delante la imagen de Marilyn. La hermosa mujer de rostro atormentado a la que iba a ver.

La encontró en la terraza, y comprendió que había estado sometida a una dura tensión a juzgar por sus alteradas facciones.

—Marilyn...

—¡Vince, Santo Dios! He telefoneado un millón de veces a tu hotel.

—He supuesto que habías sido tú. ¿Qué ocurre?

—La verdad es que no lo sé —fue la desconcertante respuesta de la hermosa mujer—. Estaba inquieta... Temía que te hubiera sucedido algo, Vince.

—¿Qué te hizo temer eso?

—No sé... O sí lo sé. Ya no puedo disimular más. No puedo engañarme a mí misma.

—Cálmate. ¿Dónde está King?

—En su despacho.

—Está bien. Ahora tranquilízate y cuéntame eso tan terrible.

La animó con una sonrisa, pero ella siguió tan nerviosa como hasta entonces:

—Creo que todo es debido a la actitud de King. Yo sé que te odia mortalmente. Ha dicho a todo el que ha querido escucharlo que eras una rata cobarde, que te marchaste de aquí para huir de él... que entonces te hubiera matado. Y que lo haría si algún día te atrevías a volver...

—¿Y bien?

—Después le obligaron a reconciliarse contigo. Eso no pasó de ser una maniobra, pero su odio creció hasta el infinito.

—Y tú, Marilyn, ¿sabes el verdadero motivo por el que me marché?

—No... Sólo sé lo que King ha estado pregonando.

—Pues ya es hora que lo sepas. King, con la ayuda de un juez sin

escrúpulos, modificó el testamento de nuestra madre. Se quedó con todo... Tuvimos una pelea. Se vio perdido. Él nunca ha sabido luchar, y me golpeó a traición con una botella y huyó en busca de la protección del juez que le había ayudado. Legalmente nada podía hacer yo... si no era matarlo como a un perro. Lo hubiera hecho..., supe que tenía que hacerlo. Pero un hombre rudo, un hombre que me apreciaba, lo impidió y me hizo comprender que era mejor alejarme de aquí para evitar que corriera la sangre. Ese nombre fue Burg, el tabernero.

—Ahora comprendo muchas cosas. King siempre te ha temido.

—Y ahora que ya lo sabes todo, dime qué le pasa ahora a tu marido. Ella se irguió.

—Prácticamente no es mi marido, Vince...

Con una sonrisa, él dijo:

—Ya me lo dijiste. Vamos, ¿qué le pasa al gran hombre?

—Ayer estaba agitado, nervioso. Más violento que nunca. Pensé que tú eras la causa de esa violencia que le desbordaba. Después, cuando se marchó por la noche, temí que fuera en tu busca, pero intenté convencerme de que no se atrevería, me dije que era un cobarde, y que, además, estaba atado por sus compinches políticos. Pero esta mañana, cuando he llamado a tu hotel para tranquilizarme y me han dicho que no habías estado allí en toda la noche...

—Ya veo...

Quedaron mirándose fijo. Poco a poco, una sonrisa alegró las facciones de Lombart, pero la cara de Marilyn siguió reflejando ansiedad.

—¿Por qué no te separas de él? —le preguntó él, de sopetón.

—Tengo miedo —confesó sencillamente.

—¿Miedo?

—King no soporta el ridículo, le vuelve loco... Además, ahora está en plena campaña política. Un divorcio siempre trae escándalo. Sería capaz de matarme si me atrevía a hacer eso.

—Pero ¿quieres separarte de él, Marilyn?

—¡Oh, Dios, sí!—exclamó con vehemencia.

—Comprendo.

Ella pareció despertar de un sueño. Giró sobre sus talones y se acercó al mueble bar portátil.

—No te he invitado a beber, Vince... ¿Whisky?

—Sí.

Lo preparó. Cuando volvió junto a él, murmuró:

—Todo eso son tonterías, Vince, sueños...

—Tal vez no. ¿En qué año te casaste con King?

—En mil novecientos sesenta y nueve. ¿Por qué?

—Curiosidad.

Ella le miró a los ojos. Había algo en la voz del hombre que la desconcertaba. Y al hundirse en aquellas pupilas aceradas notó un estremecimiento.

Turbada, desvió la mirada y se acercó a la baranda, en un vano intento de escapar a aquella especie de influjo que la atraía irresistiblemente.

—¿Adónde fue anoche?

—¿King? —ella no se volvió para hablar—. ¿No lo sé. Regresó muy tarde.

Vince se acercó a Marilyn. Se detuvo junto a ella, vacilante.

—¿Tiene amantes? —murmuró.

Ella se encogió de hombros.

—Nunca me ha importado eso... Supongo que sí. Además de cobarde es un degenerado...

—Comprendo. Debo irme, Marilyn.

Ella giró en redondo. Quedó tan junto a él que sus cuerpos casi se tocaban,

—¿Te marchas de Ainsworth?

—No... todavía no. Volveré a verte. Y... ¿sabes? Creo que si lo deseas, podrás separarte de King.

—¡Vince!

—Soy una especie de Papá Noel estos días...

—No hables así. Después será más amarga la soledad...

—¿Te irías de aquí, si King no pudiera hacerte daño?

—¡Nada podría hacerme más feliz!

—Está bien, Marilyn, volveremos a vernos.

Inició un movimiento para apartarse de ella, pero la mano de la mujer cayó sobre su brazo.

—Vince —murmuró—. No sé si hablas para darme esperanzas, o si sólo lo haces para tener algo que decir. Pero sea como sea, gracias.

Un impulso irresistible se apoderó de él. Inclinandose, la besó en los labios. Un beso suave y prolongado que alcanzó en ellos alturas infinitas, como transportándolos en alas de un sueño.

Al separarse, él murmuró solamente:

—Vendré a buscarte, Marilyn.

—Te esperaré... siempre. Creo que siempre te he esperado sin conocerte...

Se alejó de ella precipitadamente. Si algo faltaba para complicar definitivamente la situación, ahí estaba Marilyn. Sin embargo, una alegría desconocida parecía empujarlo hacia el final, hacia donde estaba la coronación de aquella inesperada misión que se había impuesto.

Estaba seguro de tener todo lo necesario para terminarla...

CAPÍTULO IX

Encontró a Bill en el salón, pálido como un cadáver y restregándose las manos una contra otra. La mirada que el periodista le dirigió se la clavó como un cuchillo.

—¿Qué diablos pasa, viejo? —preguntó inquieto.

—Se la han llevado, Vince.

En el primer instante no comprendió. Pero cuando asimiló la terrible noticia, pegó un brinco y cayó de pie junto a Bill, al que levantó brutalmente, sujetándolo por la pechera de la camisa.

—¿Qué estás diciendo? —gritó—. ¿A quién se han llevado, a Delia?

—Sí.

Se precipitó a la habitación. Estaba revuelta, con evidentes muestras de lucha. Una lámpara de pie aparecía caída y rota, y las ropas de la cama estaban esparcidas, como si hubieran arrastrado un cuerpo por encima, y al arrastrarlo, se hubiera llevado consigo las ropas hasta quedar esparcidas por el suelo.

Volvió atrás como si acabara de recibir un mazazo.

—¿Sabes cuándo ha sido?

—No —gruñó Bill—, Cuando he llegado estaba tal como lo ves.

—¿Tienes idea de quién pudo haber sido?

—¿De qué sirven las ideas? Ella estará muerta a estas horas. Y es posible que incluso la hayan enterrado para borrar toda posible huella.

Vince rechinó los dientes. Sintió deseos de actuar salvajemente, atacar a los hombres a quienes creía culpables y barrerlos a punta de revólver.

Pero tenía que esperar.

—Pobre Delia —murmuró.

Bill levantó la cabeza.

—Hiciste cuanto estaba en tu mano, Vince.

—No tenía que haberla dejado sola. Pero te juro que pagarán esto con su propia sangre.

—Mira, tómallo con calma, muchacho. Por mi parte...

—Cállate. Necesitó pensar, Bill. Hay que terminar con esto inmediatamente. ¿Qué has sacado en limpio de la compañía aseguradora?

—El imbécil de tu hermanastro se despeñó con el coche. Tuvo suerte al salir despedido. Era un descapotable, ¿comprendes? Pero el auto se hundió en el lago del Ángel.

—Ajá... ¿Qué estaba haciendo allí?

—Nada. Regresaba del rancho de Hobson. Ya sabes que hay un recodo en la carretera que pasa por el borde del lago, casi cortada a pico sobre él. Cayó por allí.

—Comprendo.

Consultó su reloj. Se paseó de un lado para otro con impaciencia. Y de pronto se detuvo y gruñó:

—Tenemos tiempo... Vamos, Bill. Acompáñame.

—¿Adónde?

—Al lago. Pero antes haremos algunas compras.

Bill se encogió de hombros, pero siguió a su amigo con la firme convicción de que aquella especie de ciclón humano barrería toda la podredumbre de la ciudad.

Las compras consistieron en un equipo completo para bucear, amén de una potente lámpara submarina. Con este equipo, Bill condujo el coche hacia el lago del Ángel, el hermoso paraje donde Crisby había tenido la idea de construir un hotel de lujo.

Vince examinó el abismo que quedaba junto a la carretera. Después exploró los alrededores, gruñó entre dientes y obligó a Bill a seguir adelante.

—Busca un lugar de esos que utilizan los enamorados —dijo entre dientes—. Uno donde puedan esconderse con coche y todo.

—Ya sé...

El coche se internó por un pequeño prado cruzado por incontables huellas de neumáticos. Vince vio una especie de túnel de vegetación y allí fue donde su compañero metió el auto.

—Eso me parece acertado —asintió.

Empezó a desnudarse sin perder un minuto. Bill lo contempló todo sin despegar los labios. Pero cuando Lombart le entregó el revólver, lo miró estupefacto.

Vince dijo:

—Si alguien ha adivinado lo que me propongo, o el lugar a que nos hemos dirigido, puede venir para evitar lo que voy a hacer. No dudes en disparar a la menor señal de peligro, Bill. Bajo mi responsabilidad.

—De acuerdo. Y me parece que empiezo a ver lo que te propones.

Sin añadir nada más, Vince se calzó las grandes aletas, ajustó la pequeña mascarilla a la boca y nariz y se hundió en el lago pesadamente, empuñando la lámpara estanca.

Era un lugar profundo, pero el agua era limpia y la luz del día permitía ver hasta muy hondo. Cuando la oscuridad se cerró a su alrededor, conectó la lámpara y el chorro de luz azulada le reveló la maravilla de aquel mundo de silencio, inmóvil cual si la vida se hubiera detenido mil años atrás.

Largos brazos, oscilantes y verdes, flotaban inmóviles, fantasmales. Extrañas plantas acuáticas y rocas pulidas y cubiertas de musgo.

Y siguió hundiéndose, escrutando todo lo que el haz de luz iba revelándole con su luminosidad.

En la superficie, Bill vigilaba con no menos atención los alrededores.

Dentro de su bolsillo, el pesado revólver era un mudo compañero que le infundía confianza.

No supo el tiempo que transcurrió. Lo único que hubiera podido decir habría sido la inaguantable tensión a que habían llegado sus nervios cuando un remolino en las aguas le anunció el regreso de Vince Lombard.

Le ayudó a salir del agua y esperó a que se hubiera despojado de parte del equipo antes de preguntar:

—¿Y bien, viejo?

—Podemos irnos. Lo he encontrado.

—Bueno, pero...

—Te contaré por el camino. No nos queda mucho tiempo.

Se vistió rápidamente, volvió a enfundar el revólver y Bill condujo a toda marcha rumbo a la ciudad.

Entonces, Vince explicó:

—He encontrado el coche, Bill, medio cubierto de barro y musgo.

—¿Y bien? —repitió el periodista.

—Hay unos restos humanos atados al volante.

Bill tardó en asimilar la noticia. Después murmuró:

—Tú lo sabías, ¿no?

—Lo sospechaba. He tenido que atar muchos cabos sueltos... pero después de todo, ése es mi trabajo.

—¿Qué?

El coche dio un bandazo y Bill tuvo que luchar para hacerse otra vez con la dirección. Después miró a Vince de manera interrogante.

Este añadió:

—Creo que ya es hora que sepas cuál es mi trabajo. Soy agente federal, agregado al Departamento del Tesoro.

—¡Por todos los diablos, un T-man!

Lombard sonrió.

—Eso es —murmuró. Y añadió irónico—: Tuve que pedir un permiso especial para trasladarme aquí. Casi me peleé con mi jefe porque no me dejaba venir.

—Ya veo... Así comprendo algunas cosas, muchacho.

No volvieron a hablar hasta que las primeras calles de la ciudad aparecieron ante el morro del coche. Entonces, Vince ordenó:

—Llévame al Banco de King. Quiero hablar con él.

—Bueno, no voy a decirte el peligro que estás a punto de correr, amigo, tú entiendes más que yo sobre esto. Pero... ¿qué hago yo entretanto? Tengo la oportunidad de la más importante información de mi vida. Podré mandar mis crónicas a los mejores periódicos del país, con la seguridad de que serán aceptadas... ¡Va a ser sensacional cuando estalle!

—En primer lugar irás a casa de King Stamford, y dirás a Marilyn que

se venga contigo. Lo tengo todo calculado, pero si algo sale mal y ese cretino escapa, puede atacar contra ella al verse perdido. La traerás y no te separarás de ella por nada del mundo. ¿Tienes alguna arma?

—En la oficina tengo un revólver.

—Bueno, pues lo tendrás a mano. Una vez tengas a Marilyn contigo, la llevarás a tu oficina y esperarás allí la llegada de otros compañeros míos. Les indiqué que me reuniría con ellos en tu oficina.

—Comprendo. Los dos telegramas...

—Eso es. Uno iba dirigido a nuestra oficina central y el otro a la delegación de la capital del estado.

—¿Y cuando estén en mi despacho?

—Si yo no he llegado, los traes al Banco. Me encontrarás en el despacho de mi hermanastro.

—¿No sería mejor esperar a tus colegas?

—No, yo contaba con la declaración de Delia. Ahora necesitamos una declaración firmada para poder actuar con todo el peso de la ley. King firmará esa declaración.

—¿Estás seguro?

Vince se limitó a sonreír fríamente.

—No lo dudes —afirmó, saltando fuera del coche.

Antes de entrar en el establecimiento bancario, dirigió una mirada de burla al enorme retrato de King Stamford que colgaba sobre la calle, dominándola. Después, atravesó las enormes puertas, habló con un ordenanza y se hizo conducir al despacho del «hombre más importante de la ciudad».

Al atravesar la lujosa puerta del despacho privado de King, se aseguró de que la llave estaba en la cerradura por la parte interior. Después avanzó hacia su hermanastro, que se levantó, un tanto desconcertado por aquella visita. Le costó un esfuerzo dominar la tensión de su rostro.

—No te esperaba —confesó—. ¿Dónde te has metido? Te he llamado al hotel y nadie sabía nada de ti.

—Hay un gran interés por saber dónde estoy, King. No eres tú sólo en buscarme.

El tono de aquella voz inquietó al banquero.

—¿Te has metido en algún lío, Vince? —preguntó con forzado interés

—. Si necesitas mi ayuda, ya sabes que puedes contar con ella.

—Vamos a dejar toda esta comedia a un lado —le atajó Lombart abruptamente—. Anoche alguien asesinó a un tipo llamado Hardecker. King palideció. Se dejó caer en el gran sillón y balbuceó:

—Lo he oído comentar esta mañana.

—Lo sabías mucho antes, King, porque fuiste tú quien lo mató.

El golpe le pilló tan de sorpresa, que ni siquiera acertó a replicar. Necesitó casi un minuto para recobrar la voz. Un minuto que vio

clavados sobre él los ojos de su hermanastro.

Cuando las palabras acudieron a su esfuerzo, dijo:

—Vamos, Vince... ¿Has bebido demasiado o qué? No hablarás en serio...

—Ya te he dicho que no tengo tiempo que perder. Tú mataste a Hardecker porque te hacía víctima de un chantaje.

—¡No, maldito seas!

King consiguió levantarse y luchó furiosamente para adoptar el aire digno e importante que tantos éxitos le había proporcionado entre los ciudadanos de Ainsworth.

Pero esta vez no le sirvió de nada.

—He buscado en el Lago del Ángel, King —le informó Lombart calmosamente—. Y he visto tu coche. No cayó por el precipicio... Alguien lo empujó desde el prado. Y lo empujó habiendo un forzado viajero en su interior.

—Ahora comprendo —gruñó King, recobrando la voz poco a poco y sintiendo arder el odio con más violencia que nunca—. Tú y Hardecker... erais socios, ¿no es eso?

—Equivocado otra vez. Juzgas a los demás según tu podrida conciencia. Tú asesino, todos asesinos. ¿Quién iba en el coche, King?

—Estás hablando demasiado —refunfuñó, sentándose una vez más—. Si tienes algo de que acusarme, llama a la policía y haz las cosas por la vía legal.

—Seguro. ¿Quieres que llame a Mac Kencie?

—Es el jefe de la policía aquí.

—Ya lo sé. Y supongo que tras él, llamarás al juez Bronson.

Eso fue un nuevo golpe para el aprendiz de político. Comenzó a deslizar su mano hacia el cajón central de su mesa.

—Ya comprendo —dijo—. Vienes con deseos de venganza, ¿eh?

Levantó la cabeza, desafiante, y se encontró mirando el enorme cañón de un revólver como no había visto otro en su vida.

—Quita esa mano de ahí, King..., así —rió Lombart—. Y ahora apártate de la mesa. Vamos, vivo.

Obedeció. Vince abrió el cajón y vio en su interior un revólver del 38 normal. Sonrió, sacó el pañuelo y envolvió el arma con él, guardándolo en el bolsillo.

—Ahora puedes sentarte otra vez. Si éste es el revólver que mató a Hardecker, las cosas van a ser muy fáciles.

Vio que había dado en el blanco. King casi se había desmayado al oír semejante comentario.

Entonces habló con voz segura, implacable:

—Tú mataste, o hiciste matar a Crisby, tan pronto supiste que se proponía vaciar parte del lago. Al vaciarlo, hubiesen puesto el coche al descubierto, levantando la liebre de tu primer crimen, el crimen que

costó la vida a la pobre Hilda Main. ¿No es eso?

—Si no trabajas con Hardecker..., ¿cómo sabes todo eso?

—Sumando dos y dos, King... Y por ese mismo procedimiento casi podría decirte también por qué la mataste.

—Era una perra —balbuceó Stamford, entre dientes, perdido el control de sí mismo.

—Eso es lo que tú dices, pero mi idea es que ella era tu amante, o lo fue hasta que conoció a ese actor que pasó por aquí. Entonces decidió irse con él, ¿no es así? —No esperó respuesta y prosiguió—: Pero tú estabas loco por ella y fuiste incapaz de reconquistarla como un hombre. Los celos te cegaron y en la entrevista de despedida perdiste la razón y la mataste. Te vino bien el que hubiera corrido el rumor de que iba a marcharse de la ciudad con el cómico. Queda sólo explicar cómo se metió Hardecker en todo esto...

Stamford estaba hundido y lo sabía. Tan sólo un inmenso odio le impedía rendirse de una vez y dar rienda suelta al terror que le invadía. Deseaba acabar con todo, lanzarse a los pies de su implacable acusador y pedirle clemencia... Pero le odiaba. ¡Dios, cómo le odiaba!

—Si estás tan enterado —farfulló—, deberías saber eso también.

—He pensado en ello. Hardecker era un bala perdida, a la caza de dinero. Imagino que sorprendió tu arrebato cuando él andaba por los alrededores del lago, deseando sorprender alguna pareja. Y apuesto a que asesinaste a Hilda brutalmente, con sangre. Eso te descompuso por completo, perdiste el mundo de vista y sólo pensaste en huir. Recuerdo cuando eras más joven, King. Sentías horror por la sangre. Ver a alguien sangrar, te ponía enfermo y huías a esconderte en un rincón. ¿Fue así como sucedió con Hilda?

—Sigue hablando, bastardo, mientras puedas.

Vince esbozó una sonrisa amarga.

—Como quieras. Hardecker vio la oportunidad de su vida con aquél crimen. Él se ofreció a sacarte del apuro haciendo desaparecer el cadáver, pero tú querías librarte también del coche. No podías soportar la sangre que lo ensuciaba todo, por todas partes. De manera que Hardecker te dijo que también lo haría desaparecer. Todo a cambio de una fuerte cantidad de dinero. Y hundió el coche con Hilda dentro. Pero fue muy listo, King, demasiado para ti. Seguramente pensó que si alguna vez necesitaba pruebas del crimen para obligarte a pagar, debía tenerlas a mano y ató firmemente el cadáver a la rueda del volante, así es que lo que queda de la pobre muchacha sigue allí, amigo. Y te aseguro que es un espectáculo espeluznante... ¿Lo imaginas, asesino?

King se derrumbó. Se cubrió la cara con las manos y chilló:

—¡Calla, maldito seas!

Pero Lombart no estaba dispuesto a darle cuartel.

—Hardecker hizo algo más todavía, King. Registró el bolso de Hilda y se apoderó de un retrato de ella, que guardó cuidadosamente. Lo guardó junto a la documentación del coche, la patente y la tarjetita del seguro. Con todo ello, podría sangrarte siempre que se le antojara y tú tendrías que pagar, porque entonces todavía vivían los padres de Marilyn y corrías el riesgo de perder todo el dinero. Pero ahora te has cansado de pagar. ¿Estamos de acuerdo hasta aquí, King? Este levantó la cabeza.

—¿Qué esperas? ¿Qué firme una declaración sólo por darte gusto?

—Harás algo más que eso. Estás acabado. Tu carrera política, en la que estabas dispuesto a convertirte en fantoche de una pandilla de criminales. Tu posición social, tu fortuna... todo se ha ido al diablo. ¿Te das cuenta?

—Todavía no lo has conseguido, bastardo del demonio. No olvides que te encuentras en Ainsworth.

—Ya sé lo que piensas, pero de nuevo estás en un error. Echa un vistazo a esto, estúpido, y después acabaré de decirte lo que vas a hacer.

Le mostró su credencial. King empezó a sudar, su tez adquirió un color gris sucio... y cayó hacia atrás, murmurando:

—¡Un T-man...!

—Así es. Ya ves si es divertido el destino. De todos los hombres con quienes podríais haber tropezado, ha tenido que ser un agente federal del Departamento del Tesoro. Y están a punto de llegar otros a los que he llamado para limpiar esta podrida ciudad de una vez por todas. Pero antes que lleguen vas a escribir una declaración detallada de la organización criminal de Ainsworth... con nombres y señales, conexiones legales, personajes sobornados, aquí y en la capital del estado, quienes manejan cada rama del delito... Todo, ¿entiendes? Todo, King, o no tendrás escapatoria alguna.

Stamford casi se levantó del sillón, súbitamente alerta.

—¿Qué escapatoria me ofreces si firmo semejante informe?

Vince captó el rayo de esperanza que se había encendido en aquellos ojos de loco.

—Te lo diré después —dijo—. Quizá te permita tomar ventaja a los hombres de la ley.

—¿Palabra de honor, Vince?

Asintió con un gesto, pero añadió:

—Sin embargo, no tienes tiempo que perder. Pueden llegar de un momento a otro, ya que vendrán directamente aquí.

King se convirtió en un manojo de nervios. Buscó papel, pluma y empezó a escribir febrilmente. Vince pensó en las ratas que abandonan el barco que se hunde. Con la diferencia de que Stamford lo abandonaba traicionando a sus cómplices.

—Ten en cuenta que quiero que esté redactado de manera que se pueda probar todo, King —le advirtió—. Pruebas y sólo pruebas es lo que necesito.

—Lo tendrás... Todos, todos irán a la cárcel... Esos bastardos... No han sabido protegerme... Sus promesas... y...

Estaba como loco. Vince golpeó sobre la mesa con el revólver.

—¡Escribe! —ordenó.

Esperó, viendo cómo su hermanastro llenaba hojas y más hojas de apretada escritura. Decidido a traicionar, lo hacía a conciencia, aportando cuantos datos podían remachar las condenas de los demás. Lombart apenas podía ocultar el asco que le inspiraba aquel miserable. Al terminar, King se derrumbó sobre el respaldo del sillón.

El T-man se apoderó de la confesión, obligó al otro a firmar todas las hojas y luego las guardó en el bolsillo. El banquero le miraba enloquecido de impaciencia y miedo.

—Bueno, King, eso es cuanto quería.

—Me has dado tu palabra de honor, Vince.

—Ya lo sé. Voy a dejarte aquí solo. Si tienes algún arma a mano, te pegarás un tiro. Si no, podrás largarte, pero te echarán el guante a no tardar. Tendrás que huir, huir continuamente como un perro rabioso, para terminar lo mismo que tus compinches.

Retrocedió hacia la puerta. Rechinó los dientes. Faltaba el toque final.

Dijo:

—Afortunadamente, Marilyn se verá libre de ti... con todo el dinero y pudiendo amar a otros hombres.

—¡No!

—No, ¿qué?

King hizo un terrible esfuerzo para dominarse y masculló:

—Nada... Estoy alterado.

—Ya lo veo.

Salió y cerró la puerta de golpe.

En la mente de King un sonido fue agigantándose monstruosamente.

Marilyn libre.

Libre de él.

¡Marilyn libre!

Saltó hacia la puerta casi rugiendo de furor.

¡No la dejaría libre para gozar de una vida que él había perdido!

Tenía que hacer algo... Terminar con ella...

¡Matarla!

—Tengo que hacerlo —exclamó en voz alta.

Abandonó el Banco como una tromba, sembrando la confusión y la alarma entre el personal. Un instante después, su coche se alejaba rugiendo.

—¿Tú crees que se entregará? —gruñó Bill.

Marilyn levantó la cabeza y miró a Vince, pero no dijo nada. Fue él quien murmuró:

—No lo creo.

—¿Cómo sabías que iba a su casa? Has mandado a dos de tus compañeros a detenerlo allí... Estabas muy seguro.

Lombart miró a la hermosa mujer.

—Él mismo me ha dicho adónde pensaba dirigirse antes de emprender la huida.

—Ha sido muy amable —graznó Bill, sarcástico—. Lo que no comprendo es cómo ha podido escaparse de ti y decirte además el lugar a donde se dirigía.

Vince sonrió.

—Sólo me ha dicho que quería terminar con su mujer antes de escapar.

Marilyn se sobresaltó.

—Vince... —murmuró.

—No tienes que preocuparte, querida. Es mejor que termine él de una vez. Si es detenido, será procesado por dos asesinatos y complicidad e inducción a un tercero, aparte de los demás delitos que compartiría con la camarilla de caciques de Ainsworth. Habría una gran publicidad y tendrías que ir a declarar. Eso retrasaría muchas cosas.

Bill los miró alternativamente. Su mirada saltó de uno al otro con creciente asombro, hasta que la comprensión chispeó en su mente. Entonces sonrió y dejó de hacer preguntas.

—Voy a lanzar el reportaje más sensacional de la historia del estado —masculló—. Empezaba a ser hora de lograr algunos laureles...

Comprendió que ninguno de los dos le escuchaba. Vince estaba junto a Marilyn y se miraban fijamente, ajenos a cuanto les rodeaba.

Refunfuñó ante el espectáculo.

Afortunadamente, el teléfono llamó. Escuchó un momento.

—Para ti, Vince... Uno de tus compinches.

Lombart escuchó. El agente que informaba dijo:

—Ese capitán Mac Kencie se ha volado la cabeza, Vince... Sólo hemos pescado al sargento. Va a llevarnos al lugar donde han arrojado el cadáver de esa mujer... Delia... ¿Quieres venir para la identificación?

Algo se desgarró en su interior. Por primera vez en su vida, le asustó la perspectiva de enfrentarse con un cadáver.

—No —dijo—. Prefiero que lo hagan otros.

—Ya lo suponía. Pero he creído que te gustaría saber eso.

Colgó, apenado, pero Marilyn se encargó de alegrarle el ceño.

Cuando Bill levantó la cabeza de las notas que estaba tomando, los vio

muy juntos, demasiado juntos a su entender.

Hundió la cabeza entre sus pápeles, maldiciendo en su interior a Vince y su desfachatez de hacer el amor allí, a la vista del público...

Alguien golpeó en la puerta y entraron dos hombres jóvenes, de aspecto cansado. Se miraron entre ellos antes de clavar su mirada en Lombart.

—Ha hecho resistencia —murmuró uno de ellos.

—¿Y...?

—Nos ha tiroteado con un condenado rifle de caza. El muy tonto no ha querido entregarse. Ha muerto.

Un largo suspiro escapó de los labios de Vince. Despidió a sus compañeros. Después dijo, dirigiéndose a Marilyn:

—Saldremos en el tren de esta noche, querida. Es hora de que empieces a vivir... Y yo también.

Bill seguía con la cabeza hundida entre sus notas. Cuando la levantó pegó un respingo y se puso en pie. Contempló a la pareja cómo se besaba apasionada, larga, interminablemente.

—¡El colmo! —refunfuñó—. ¡En mis propias narices! Agarró la máquina y los papeles y echó a andar hacia la puerta con toda la carga. Ni siquiera le hicieron caso, no advirtieron su maniobra.

—En mi propio despacho... ¡Y a trabajar a la calle! ¡No te digo!

Cerró de un portazo, que resonó igual que una bomba. Pensó que eso habría terminado con aquella escena. Dejó la máquina en el suelo, asomó la cabeza... y allí estaban, besándose, sin haberse enterado del portazo.

Esta vez, Bill cerró con sumo cuidado, sin un chasquido siquiera.

—Al diablo —gruñó.

Buscó una mesa en que instalar su máquina. Esparció los papeles y trató de concentrarse en su gran artículo.

Entonces oyó un chasquido seco. Se quedó sin aliento.

Alguien, desde el interior, había dado la vuelta a su propia llave, cerrando la puerta por dentro.

—¡En mi propio despacho! —dijo.

Se rascó el cogote, alborotó su enmarañado cabello y, finalmente, acabó por sonreír.

Apartó la mirada de la puerta y se puso a trabajar.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



ISBN 84-02-02520-X



01069



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

9 788402 025203

Impreso en España

Índice

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

EPILOGO